

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO IV.—NÚM. 61.

ADMINISTRACION:
CRISTÓBAL BORDÚ, 1.—MADRID

1.º de Enero de 1901

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *La evolución de la filosofía en España*, por Federico Urales.—*Capciosidades*, por Donato Luben.—*Socialismo*, por Pompeyo Gené.
CIENCIA Y ARTE: *Fisiología*, por Fernando Lagrange.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*París*, por Emilio Zola.
SECCIÓN GENERAL: *Dolor y llanto*, por Antonio L. Rodrigo.—*Amor inquebrantable*, por Leopoldo Ronafulla.—*Himno en prosa*, por Juan Colominas Maseras.—*La propiedad*, por Francisco Pérez.—*Exterioricemos errores que abundan*, por Ibáñez de Velarde.

SOCIOLOGÍA

LA EVOLUCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

IV

IDEAS FILOSÓFICAS DE ROMANOS Y DE ALEJANDRINOS

La filosofía griega convertida en prácticas sociales.—Su fuerza moral á través del pensamiento humano.—Semejanzas del imperio romano con el inglés.—Efectos que causó en Roma una embajada griega.—La raíz del cristianismo.—Zenón y Séneca.—El cristianismo es una degeneración del estoicismo.—Socción, Filón y Séneca filósofos de la doctrina cristiana.—Los emperadores de Roma persiguen á los filósofos y á los cristianos.—La filosofía en Alejandría.—La conjunción de las ideas de Moisés con las de Platón constituye el neoplatonismo.—La odisea judía.—Influencia que una profecía y un hecho histórico pudo tener en el cristianismo.—Elementos de que se constituye esta doctrina.—Consideraciones que demuestran su humanidad.—Labor filosófica en la capital de Egipto.—Los apologistas.—Los llamados Santos Padres.—San Agustín.—A España.

El mismo fenómeno intelectual que creó el derecho romano, fué un obstáculo para que Roma tuviera filosofía propia. Cuando los habitantes de la ciudad que fundó Rómulo conocieron la filosofía griega, Roma era ya un pueblo dominador y potente que había de atender más las cuestiones de conexión y de poder que las de carácter especulativo. De esta suerte, la filosofía que Grecia enviaba á Roma, se convertía en constituciones, códigos y prácticas sociales que habían de regir pueblos y razas distintas.

Verificábase una elaboración maravillosa. A Grecia cupo la gloria de construir la idea, la máxima; Roma hizo de esta idea y de esta máxima un régimen de vida. La Grecia, en decadencia, no podía hacer uso, en bien ó en mal de la humanidad, de los recursos intelectuales que sus grandes pensadores le legaron, y Roma, entonces señora de pueblos, los traducía en leyes para el régimen de sus vasallos. He ahí por qué si Grecia tuvo influencia moral en el apogeo de la filosofía socrática, más tarde la tuvo por la que ejerció en la legislación y en la juventud romanas.

El espíritu griego no murió en Grecia ni en Roma, y aunque se debilitó extremadamente en Alejandría, como se verá luego, volvió á fortalecerse al concluir su reinado la nefasta razón colectiva.

Por esta necesidad que tiene Inglaterra de ser práctica en materia de leyes y de legislación, porque de serlo depende su fuerza colonial, Roma no pudo hacer más que utilizar, en bien de su engrandecimiento, las ideas ajenas. Hoy mismo Inglaterra estudia la aplicación social de los principios morales y filosóficos para servirse de ellos en pro de su poderío.

Pues esto es lo que, de manera más simple, porque aquel tiempo no permitía otra acción que la de las armas y la de las leyes, hacía Roma.

Conviene también que nos fijemos en un hecho que puede ilustrarnos respecto al espíritu romano. El hecho es el siguiente: Las doctrinas que hallaron adeptos en Roma fueron las de los filósofos griegos de ideal más simple á la vez que más claro, porque entraban por los sentidos: las propagadas por Zenón y Epicuro: «Vivid conforme la Naturaleza.» «Gozad todo lo que podáis.» Y esto hicieron los romanos, é hicieron perfectamente.

Podemos entrar á verlo.

*
* *

Para arreglar querellas surgidas entre romanos y griegos, éstos mandaron una embajada á Roma. De ella formaban parte Diógenes el Babilonio, filósofo de la escuela estoica, y Carneades, gran orador y pensador epicurista con tendencias escépticas muy marcadas. Los griegos, en cuanto se vieron rodeados de media docena de personas, como buenos hijos de Sócrates, se dieron á los ejercicios intelectuales, promoviendo polémicas y exponiendo doctrinas. Por mucha prisa que se diera el partido de Catón, entonces en el poder, para despedir á huéspedes tan importunos, no se pudo evitar que éstos, protegidos por el bando liberal que capitaneaban los Scipiones, dieran á conocer á los romanos lo que los griegos pensaban de Dios, del hombre y de las cosas. Las ideas que la embajada exponía, sobre todo las del estoico Diógenes, encontraron eco en lo mejor y más granado de la sociedad romana, y fueron tantos los agasajos y las pruebas de aprecio que éste recibió, que le indujeron á establecer en Roma una escuela de dialéctica, en la cual explicó el estoicismo con gran provecho, puesto que á oírle iban Tiberio Graco, Scipión el Africano, Lebio, Sexto Pompeyo y otros de igual prosopopeya. Menos afortunado Carneades, fué expulsado de Roma tan pronto hubo terminado la misión que allí le trajo.

Conviene advertir dos cosas: que Catón, el jefe del gobierno, era enemigo de las innovaciones, aunque fueran tan inofensivas como las ideales, y que Carneades sostenía, con su portentosa oratoria y sus ideas escépticas, así el pro como el contra de una misma cuestión, afirmando que la verdad y el error eran indemostrables, porque no existían ó porque no estaban á nuestro alcance.

Pero lo que valió á Carneades las iras de Catón fué el sostener la justicia de todo lo que nos es útil, y la injusticia de todo lo que nos es dañoso, verdades por cierto irrefutables y además inofensivas en un régimen social que no pusiera los intereses de unos hombres frente á los de otros.

Sin embargo, la semilla estaba echada, y pronto profesores griegos se establecieron en Roma, corriendo á su cargo la enseñanza de la juventud. Tanto privaron en Roma las doctrinas griegas, que el mismo Catón antes de morir quiso que le explicaran los

sistemas entonces en boga, que eran, como queda dicho, los de Zenón y los de Epicuro.

Apenas si en la ciudad eterna conocía nadie la extensa y complicada teoría aristotélica ni la abstracta y espiritualista de Platón. El cerebro romano no era á propósito para darse á cavilaciones especulativas, desatendiendo, no sabemos si por su rudeza ó por su espíritu simple, las doctrinas que no le afectasen directamente á los sentidos. De ahí que los maestros romanos que salieron de los discípulos de los griegos, fueran epicuristas como Lucrecio y Horacio, estoicos como Séneca y Epitecto, ó bien eclécticos como Cicerón y Quinto Sextio.

Para explicarnos fácilmente las causas de doctrinas que nacerán muy pronto, conviene advertir que el filósofo más grande que Roma produjo fué Séneca, defensor del estoicismo, y que en Séneca, Zenón se presenta bastante transformado. Aquél admite de éste la resignación y la fortaleza de ánimo, pero puso por cuenta propia ideas que contribuyeron á formar las doctrinas cristianas. Séneca, con el nombre de estoicismo, comprende la igualdad sin distinguir á los esclavos, el estado universal por medio del amor, la muerte de las pasiones y el desprecio de los bienes materiales. Este es un estoicismo degenerado. La igualdad y la caridad no fué propia de los estoicos, puesto que tenían en poco la fraternidad y la piedad. No obstante, las ideas de Séneca, con aquéllas de Zenón genuinamente suyas, respecto el valor, la serenidad, la fortaleza y la resignación, formaron una doctrina muy semejante á la que después se llamó cristiana. Nosotros creemos que es la misma, atenuada en el maestro de Nerón por temor al discípulo, quien ya daba muestras de haber perdido la cabeza persiguiendo á los apóstoles de la doctrina que por respeto á la lógica y á la historia, no queremos asegurar que fuese concebida por un judío. Conviene también recordar que por este tiempo hubo en Roma un alejandrino llamado Soción que hacía de la virtud el único fin de la vida, y del asceticismo el mejor medio para alcanzarla.

Juntas estas y otras ideas individuales, de las que hablaremos después, formaron la doctrina negativa del sufrimiento, de la resignación exenta de pasiones y de placeres, como pretendía Séneca al bañar su intelecto con el estoicismo. ¿Qué necesidad tenía de Jesús ni de la revelación la doctrina cristiana? ¿Acaso no la componen las ideas de Filón, las de Soción y las de su discípulo Séneca, los tres contemporáneos de la concepción cristiana, y ninguno Cristo ni cristiano siquiera?

El que estudia atentamente las ideas filosóficas al partir de Zenón y hasta en Zenón mismo, ve acentuarse una corriente moral que es mística de tanto querer ser fuerte.

Luego la degeneración es más clara y vigorosa. Cicerón nos habla de la caridad; Epitecto de la sumisión á la voluntad de Dios; Marco Aurelio de la piedad, y los nombrados Séneca, Soción y Filón no constituyen una parte de la doctrina cristiana, sino un todo más ó menos modificable y modificado.

Dejamos apuntada la idea de que el cristianismo romano fué una degeneración de la filosofía griega. Es fácil que en otra parte hallemos motivos para sospechar que el cristianismo alejandrino fué una conjunción del platonismo con la religión de Moisés.

*
* *

Roma es un imperio. Ha muerto la República. Ni costumbres austeras, ni caracteres elevados. Se lucha por el poder á brazo partido. La filosofía y el arte apenas

preocupan á nadie. El capital se halla acumulado en poder de contadas personas. El proletario es una cosa.

Los emperadores divierten al pueblo y el pueblo está contento con su brutalidad y su pobreza. Los hombres de la revolución, como César, cuando escalan el poder, forjan un Bruto. El populacho sólo aclama la victoria en el campo de batalla ó en el circo. ¿Dónde está la energía moral? En busca de ideales que no encuentra. Roma es irredimible. ¿Es que los pueblos pueden vivir mucho tiempo sin aspiraciones? Todos los tiranos engendran homicidas; todos los períodos decadentes preparan épocas de florecimiento intelectual. ¡Pobre de la humanidad si así no fuera!

La casta de los apóstoles si ha degenerado, no ha muerto; la de los revolucionarios retoña y florece á cada arbitrariedad del señor. Así, pocos filósofos luchan en Roma por el ideal, pero luchan. No son más los primeros cristianos que presentan batalla, pero la presentan. ¿Gana con ello la humanidad? ¿Pierde acaso? No nos importa; bástanos saber que luchan, y que toda lucha es eficaz y purificadora. Filósofos y cristianos algo debían dar que sentir cuando Domiciniano los expulsó de Roma y de toda Italia á los ochenta años de nuestra era. Tal medida no se ha dictado aún contra los anarquistas; pero á eso vamos. Imaginémonos, para acostumbrarnos á las arbitrariedades futuras, que vivimos en Roma á la segunda mitad del primer siglo de la era cristiana, que somos cristianos, filósofos ó malhechores, pues lo mismo era á los ojos de Domiciniano, y que se ha decretado contra nosotros una ley de represión.

¿Por qué Domiciniano comprende en sus edictos persecutorios á los filósofos y á los cristianos? ¿Es que de unos á otros iba una corriente moral de unidad filosófica? Sólo así se comprende el empeño del emperador romano en medir con una misma medida á filósofos y á cristianos. Pero si así fuese, como nosotros creemos, deduciríase del hecho que el cristianismo fué una concepción de los pensadores, ó cuando menos que los pensadores alentaban al ideal cristiano y que simpatizaban con él. En resumen, que los filósofos romanos contemporáneos de Séneca cimentaron el cristianismo bajo la base filosófica que Zenón construyó. Por eso se les perseguía con igual ó parecido empeño con que se perseguía á la plebe cristiana. Las humanidades futuras, al comentar la persecución que ahora sufren los anarquistas, dirán: se expulsaba y perseguía á los ácratas y á los sociólogos, sucesores de los filósofos; pero estos sociólogos se llamaban Réclus, Kropotkin, Grave, Malatesta, etc., es decir, eran tan anarquistas como los otros, que es lo que les ocurría á los filósofos contemporáneos de la concepción cristiana, doctrina que ellos mismos propagaron y concibieron.

Vámonos á Alejandría con los filósofos discípulos de Séneca expulsados de Roma.

*
* *

Fijémonos por un momento en este fenómeno. La filosofía en Grecia era individual; en Alejandría entra con los gérmenes de una filosofía colectiva. ¿Por qué? Porque tiende á unirse con la religión, con el dogma, con la razón única, base de la teología, como la razón múltiple lo es de la filosofía. La razón individual palidece ante la colectiva; aquélla expone conceptos, sistemas, pero no impone creencias; ésta no expone, decreta, condena y persigue. La razón colectiva engendra, pues, la teología, la religión, la unidad de Dios y de creencias.

Que lo recuerde el lector, y veamos qué elementos filosóficos hay en Alejandría al penetrar nosotros en su recinto.

A orillas del Nilo mandó Alejandro fundar una ciudad que pronto fué el emporio

del comercio y de la ciencia. En esta ciudad, dos siglos antes de la era actual, fundó Demetrio el grandioso Museo y la inmensa Biblioteca que no han tenido rivales en el mundo. La protección que los Ptolomeos prestaron á los filósofos, á los científicos y á los literatos, continuada por algunos emperadores romanos, y principalmente por Augusto, que unió á la Biblioteca alejandrina la de Pergamo, tesoro intelectual de Oriente, atrajo hacia la nueva ciudad á los hombres más eminentes del mundo.

Pronto fué Alejandría lo que había sido Atenas, con un carácter científico más internacional por la posición geográfica que ocupaba. En Alejandría pusiéronse en contacto todas las religiones y todas las ideas filosóficas. Allí se encontraron Sócrates, Platón, Aristóteles, Epicuro, Zenón, Séneca con una corriente filosófica y religiosa que expresaremos diciendo que Filón, filósofo que nació en Alejandría el año 20 antes de nuestra era, y que murió el año 50 de ella, llamado el Platón judío, y que representaba la ciencia y la filosofía alejandrina, creía que Platón había conocido las ideas de Moisés y que el platonismo y el *Antiguo Testamento* constituían una teosofía, una ciencia de Dios, que habían de armonizarse y se armonizaban en bien de la humanidad. Fiel á su opinión, sustentaba la creencia de que sólo podemos conocer á Dios por la razón, es decir, imaginándonoslo. De Él sabemos que es, no lo que es. Es mejor que todo, que la virtud, que el bien, que la belleza. No tiene más propiedad que ser puro. Él concedió á los hombres el conocimiento y la virtud. La vida no debe tener más objeto que contemplar al que la ha creado. Las ciencias no son otra cosa que medios para conocer á Dios. La lógica, la física, la astronomía tienen un valor muy secundario. La misión más elevada que el hombre puede apetecer es contemplar á Dios y someterse, sin contradicción, á la obra de Dios.

Repárese de qué manera se constituye el dogma. Realmente son Platón y Moisés los que hablan en boca de Filón. Fundidos en este pensador judío, constituyen el neoplatonismo que tantos elementos proporciona al cristianismo alejandrino. ¿Cómo se ha llegado á esta conjunción? De la siguiente manera:

Ya por entonces, y antes de la destrucción definitiva de Jerusalén, los judíos eran perseguidos de modo encarnizado. Puede decirse que el pueblo de Israel no halló reposo desde su huida de Egipto. Persiguiósele antes y después de la muerte de Jesucristo; la historia de la raza judía es una odisea. Desde la fundación de Alejandría, que correspondió á la época en que la Judea, después de haber sido dominada por los reyes persas, pasó á la dominación de Alejandro, para ser dominada periódicamente por los reyes de Egipto y los de Siria, hasta la destrucción de Jerusalén por Tito, bajo la opresión romana, el istmo de Suez fué el paso obligado de los hebreos, que buscaban tranquilidad para su raza y su espíritu. Herodes, rey impuesto á los judíos por los romanos, aprovechando la rivalidad de Hircan II y de Aristóbulo II, vino á dar visos de verosimilitud á una profecía judía. De esta profecía pudo también aprovecharse alguien para crear una venida del Redentor del mundo conforme las esperanzas del pueblo de Israel. A la muerte de Herodes el reino se dividió en tantas partes como hijos tenía aquél rey; pero pronto los romanos enviaron á Jerusalén procuradores encargados de administrar el país, y detrás de esos procuradores fueron los gobernadores Poncio Pilatos y Gesio Floro. La dominación romana provocó en Judea varios levantamientos, y para castigarlos Vespasiano invadió aquel reino y puso sitio á Jerusalén, sitio que terminó su hijo entrando á saco en la capital de Judea, quemando el templo y condenando á la mayor parte de sus habitantes ó á muerte ó á la esclavitud. Esto sucedía á los 70 años de nuestra era, mientras en Roma y en toda Italia se

perseguía á los cristianos y á los filósofos. Aunque Jerusalén volvió á reconstituirse de nuevo, viviendo cincuenta años más hasta la destrucción completa y la matanza de 500.000 judíos, llevada á cabo por Adriano V, de hecho el pueblo de Israel quedó esparcido por toda la tierra desde el día que entraron en Jerusalén las tropas de Tito.

Muchos judíos, particularmente los intelectuales, sacerdotes, etc., se dirigieron al centro del saber europeo. A Alejandría llevaron la política, la religión, la filosofía y la literatura que encierra el *Viejo Testamento*, y toda la tradición del pueblo hebreo.

Allí hallaron á Filón, uno de su raza, ocupado en hacer un cuerpo de doctrina de la de Platón y la de Moisés. Convenía á los judíos esta mezcla, porque podía asegurarles la tranquilidad para el porvenir, y como realmente hay semejanza entre lo expuesto por el profeta judío y el pensador griego, no vacilaron en ayudar á Filón y en crear atmósfera en el sentido que éste orientaba la filosofía, esto es, en sentido religioso, teólogo de cuyo espíritu estaba tan impregnado el carácter, las aspiraciones y el pensamiento hebreo. Por otra parte, Filón no hacía más que seguir la tradición de su pueblo y repercutir el eco de la filosofía romana, cuya síntesis era Séneca, contemporáneo suyo, del cual conocemos la doctrina, que no es otra que la cristiana. Ignoramos quién dió forma y fondo al cristianismo, si los filósofos judíos haciendo una realidad de aquélla profecía: «Nacerá el Redentor del mundo en tiempos que el pueblo de Israel tendrá rey extranjero», y aprovechándose de la conjetura que les prestaba el platonismo; si los filósofos de la escuela romana con la ayuda del espíritu estoico, que es el espíritu del cristianismo, ó si, lo que es más probable, fué una obra inconsciente llevada á cabo por el pueblo con sus leyendas y tradiciones, y ayudado por la evolución de las inteligencias, dirigidas todas á la reforma religiosa, ó, mejor dicho, á convertir la filosofía en dogma, en unidad de dioses y de creencias.

FEDERICO URALES.

(Continuará este capítulo.)

CAPCIOSIDADES

I

La sociedad moderna se va socializando poco á poco, paulatina é insensiblemente; cada día el socialismo naciente, el socialismo redentor, obtiene un nuevo triunfo sobre el viejo industrialismo capitalista.

El viejo soplo de libertad surgido al calor de la gloriosa revolución francesa, se ha hermanado redentoramente á las modernas tendencias del pueblo consciente que vive, lucha y se agita para destruir el fatalismo histórico y proclamar su liberación económica.

Pero en la insensible infiltración de los ideales novísimos, penetrando y seleccionando el rancio espíritu de las costumbres imperantes y de las leyes establecidas, produce el socialismo fenómenos visibles de exacerbación social, excita contra sí la cólera monstruosa de los que viven explotando y dominándolo todo.

Así es que los endiosados defensores del régimen capitalista, viéndose cercados y á punto de ser arrollados en sus propias y hasta la fecha juzgadas inexpugnables posiciones, procuran á todo trance engañar á los pueblos con mentidas monsergas de liberalismo huero y democracia *monarquizada*.

No se detienen ante sofisma más ó menos; todo lo falsean, todo lo embrollan, llegando al absurdo de asegurar que el hombre de nuestros días, días de gran penuria y sórdida explotación, ha llegado ya al apogeo y plenitud de su libertad y social importancia, pues es tan libre el obrero moderno, á decir de los señores economistas, tan absolutamente libre, que puede hacer, si así le place, cuanto le venga en ganas; creer ó no creer, trabajar ó no trabajar, ser realista ó demócrata, campesino ó artesano, médico ó militar, sin que por esto se exponga á ser inicualemente azotado y despojado de cuanto posea como en la Edad Media y el Renacimiento le aconteciera si se negaba á ejecutar los caprichos de sus explotadores y tiranos.

«Los obreros—dicen los sostenedores del régimen imperante—están ya emancipados de toda esclavitud; son dueños de su voluntad y propietarios discrecionales de su fuerza. Pueden cambiar libérrimamente los tesoros de su potencia física é intelectual por los elementos de vida que estimen más convenientes y necesarios. *Son amos absolutos de sus destinos, y propietarios exonerados de la fuerza del trabajo.* En una palabra: *son capitalistas libres, porque poseen la propiedad más privativa, la más inalienable cuya es la propiedad de la fuerza de la producción; y á nada pueden ya aspirar cuerdaamente los obreros, como no sea á perderse en los precipicios sugestivos del absurdo y la quimera»...*

Sí, ya lo sabemos; vuestro procedimiento estriba en eso; en llamar quimera á toda noble aspiración y absurdo á todo docto principio de justicia que redime y dignifica. Pero la verdad es la verdad, anadema lucientísima que ilumina las sienes del que la ciñe, y ella nos enseña, con su claridad meridiana, la evidente falsedad en que se fundan todos vuestros subterfugios, eclipsando el aparente y sugestivo brillo hasta de los mejor y más cuidadosamente hilvanados.

Es cierto de toda certeza y evidente de toda evidencia, que la absoluta libertad del hombre fúndase casi exclusivamente en el derecho que le asiste de poder disponer del empleo de sus fuerzas en la forma y manera—desde luego provechosa al desenvolvimiento del bien social—que mejor le acomode, obteniendo en cambio el individuo que tal haga, sin suicidas limitaciones, cuanto estime necesario para la conservación de la existencia. En una sociedad en que tal sucediera, poseer una fuerza física puesta al servicio de conocimientos profesionales, sería, evidentemente, poseer una propiedad en potencia de la que nos sería dable obtener las mismas satisfacciones que hoy se obtienen de la *propiedad tangible* en todas sus diversas manifestaciones. Pero esto, que es muy cierto y de una evidencia indiscutible en las condiciones de igualdad económica y de libertad social en que nosotros deseamos se coloque á todos los hombres mediante la socialización de la riqueza, ¿es posible en las actuales circunstancias? ¿Puede el obrero, *capitalista* de sus fuerzas, puede el trabajador, *propietario* de sus energías, sujeto á la inflexible ley del salario, en las eternas y exterminadoras fluctuaciones de la *libre concurrencia*, puede el proletario *dueño* de sus potencias musculares, puede trocar éstas equitativamente y en el momento mismo en que lo juzgue necesario, por cuantos elementos necesite para vivir y perpetuarse con dignidad y holgura?—No, ciertamente; porque no hay equidad en los pactos sociales, ni mal pudiera haberla en contratación alguna verificada entre la explotación y el trabajo.

Mientras el obrero esté obligado á vender sus servicios á cambio de un jornal representado en signos monetarios ó especies de apreciación ambigua y variable, no le será dado reintegrarse debida y justamente de los esfuerzos realizados para producir. Para que fuera libre verdaderamente y dueño absoluto de sus destinos, era preciso

que del jornal que percibe el obrero resultara la equivalencia exactísima de lo que representan y producen los esfuerzos del trabajo, y sólo llegado este caso, podría decirse, con toda verdad y justicia, que había al fin concluído la explotación del hombre por el hombre. Mientras no suceda así, mientras el obrero se vea obligado á trabajar mediante la percepción de un salario, más ó menos elevado, pero salario al fin, serán los trabajadores tan libres como se quiera para trabajar ó no trabajar, dedicarse á ésta ó la otra profesión ó género de industria, pero siempre resultarán los forzados explotados de los capitalistas y los miserables esclavos destinados á morir, doblegándose bajo el látigo de la tiranía, en las siniestrisimas insensibilidades de la indignidad y el abandono. Tal es, desgraciadamente, la verdad, pese á las ingeniosas cavilosasidades de los señores economistas; mas, como el asunto objeto del presente, no queda suficientemente dilucidado, proponémonos insistir sobre el mismo tema en el siguiente artículo.

DONATO LUBEN.

El artículo de *La anarquía: su fin y sus medios* que nos traduce nuestro querido compañero Antonio López, no ha llegado á nuestro poder con tiempo oportuno para ser publicado en este número. Aprovechamos esta ocasión para decir que de dicha obra sólo faltan dos capítulos y que cuando la hayamos concluído publicaremos la última que ha escrito Pedro Kropotkin, *Campos, Fábricas y Talleres*, traducido del inglés al español por nuestro compañero de redacción Fermín Salvochea.

Lo que decimos de *La anarquía: su fin y sus medios* debemos decir de los artículos que habíamos de inaugurar en este número hablando del arte extranjero. Procuraremos que no falten en el número próximo.

¿SOCIALISMO?

¿Es el socialismo consecuencia lógica del espíritu moderno, el fin á que tienden todos los esfuerzos y todas las actividades verdaderamente pensadoras desde que se proclamó la libertad y la igualdad, esas dos concepciones metafísicas rusonianas de los legisladores del 93?

Sí, si se atiende al espíritu, al sentido profundo de lo que la palabra *socialismo* significa.

No, si se atiende á la definición antigua y estricta de la palabra. Socialismo significaba predominio absoluto de la sociedad sobre el individuo; el derecho incondicional y permanente de la sociedad para administrar, regir y aun amoldar el individuo á lo que á ella se le antojara. Esto, que es la más grande de las tiranías y la mayor de las utopías, hoy día lo rechazan los pensadores y las masas de consuno, porque sería volver á los conventos, á la sopa negra de Esparta, al régimen de los cuarteles. Es tan utópico como aquel individualismo absoluto, soñado por los sociólogos ingleses, en que el individuo tenía todos los derechos, incluso el de fastidiar al prójimo, ó el egoísmo puro individual sobre el que Max Stirner funda su Filosofía.

Todos estos errores vienen de la psicología antigua que aún conservan el común de las gentes que de la cosa pública se ocupan. Nada peor ni más falso que esa lógica matemática, mecánica exacta, en el sentido literal de la palabra, que se ha querido aplicar al hombre y á sus agrupaciones superorgánicas, como si el funcionalismo anímico humano fuera simple y geométrico como una cristalización, recto y sencillo como la caída de un cuerpo en el espacio.

«O la sociedad es superior al individuo, ó el individuo es superior á la sociedad.»

Este es el dilema simple que se han puesto los políticos, dilema que es una imbecilidad de tamaño natural. Es como decir: *ó blanco ó negro*, como si no hubiera tonos intermedios en intensidad y en color, efecto de la descomposición de la luz por el prisma.

Si el individuo fuera absolutamente perfecto, el individualismo inglés tendría razón y lo lógico sería la anarquía, no como la sueñan los anárquicos de hoy, sino absoluta, es decir, sin acción colectiva de ningún género sobre ninguno de los seres humanos; sin jueces, sin guardias, sin mayordomos, sin directores de taller, sin presidentes, sin arquitectos, sin estratégicos, sin ingenieros, sin nada ni nadie que imperara en lo más mínimo (1). Pero como no lo es, se sueña sólo, y con razón, con una cierta anarquía relativa, es decir, con la abolición de la máquina política y gubernamental (2); pero se desea de la colectividad que haga EN PRO DE TODOS LOS INDIVIDUOS todo aquello que éstos no pueden obtener por sí solos, y que sí obtendrán, no en virtud de ningún Estado, sino por la mera convergencia de sus energías. Así es que los pensadores modernos, ante las antiguas clasificaciones ó encajonamientos, presentan la falta de lógica de ser socialistas é individualistas á la vez, y tienen razón en serlo.

Los sistemas son para los hombres, y no éstos para los sistemas, como se ha creído en Alemania en general. Si un sistema á fuerza de ser lógico es contrario á la humanidad, vale más apartarse de él, ó rechazarlo por completo, y esto es lo que pasa con el socialismo sistemático, quedando como principio la superioridad, y, por tanto, el derecho de intervención del Estado, lo hace intervenir en todo, sin ver que lo natural es tan sólo que la colectividad intervenga sólo en pro, no de sí misma, sino del propio individuo en aquello que él no se baste. En lo que es antihumano no hay derecho de intervención, y ésta disminuye á medida que el individuo avanza y es más potente.

El Estado, ó la colectividad, no puede exigir el sacrificio del individuo en su favor; sólo algunas veces en favor de los demás, lo cual no es lo mismo. Así á la luz de este criterio, comparecen absurdas las religiones de Estado, las doctrinas oficiales, y aun las teorías de la mayor parte de los socialistas alemanes.

El fin de la humanidad, y, por tanto, el ideal de la colectividad, debe ser el de realizar la más alta suma de cultura humana en todos los ramos de la actividad natural, en una palabra, el mayor grado de exaltación de todos los funcionamientos superiores que son en el hombre. Y esta cultura, así como debe ser lo más intensa concebible, debe de ser al mismo tiempo lo más extensa que se pueda. Por tanto, esta cultura sería inútil si se hallara reducida á un pequeño número ó fuese estancada en favor de una clase, de una raza, de una secta, de una casta, etc., etc. El verdadero ideal de la humanidad no se habrá realizado mientras que todos los hombres no participen de esta perfección.

¿Qué ha de procurar la sociedad al individuo? ¿En qué somos socialistas?

Todo hombre tiene un derecho fundamental de todos los demás, y esta teoría la hemos sostenido en varios trabajos. Este derecho es el DERECHO Á LA EVOLUCIÓN de todos sus gérmenes vitales ascendentes, de todo cuanto traiga en su organismo que tienda al crecimiento de la vida. La sociedad, pues, le debe, desde que nace, los medios de desarrollo de todas sus aptitudes intelectuales, morales y afectivas.

(1) Sin nadie que impere en lo más mínimo quieren la anarquía los anarquistas de hoy, pretensión que si supone la falta de directores, no entraña el cultivo de un arte ó de una ciencia especial, en los cuales el individuo puede ser maestro pero no amo, ni dueño, ni jefe. —(N. de la R.)

(2) Se pretende establecer una sociedad sin colectividad ni individuo gubernamental, sin órgano ni centro director. —(N. de la R.)

La sociedad le debe á su alma lo que la madre al cuerpo: el primer alimento. La madre le da el alimento primordial, que es la leche; la sociedad debe de dárselo con la instrucción adecuada para el desarrollo de todas sus actividades vitales superiores. Y así todos podrán partir de un fondo igual, y asimilarse lo que sus cualidades les permitan, para llegar á distintas alturas, en diversos planos, y con direcciones diversas.

Y como esta perfección intelectual y afectiva no puede subsistir sin un cierto bienestar material, la sociedad le debe al hombre la justicia, es decir, la garantía de que se le dará íntegra la equivalencia de lo que produzca, sin que nadie tenga el derecho de detentárselo bajo ningún pretexto. Este atentado al valor de la producción individual es el ataque más feroz que se pueda cometer contra la misma propiedad que de justicia existe, y ésta se la debe de garantizar la colectividad. Hoy día, bajo mil pretextos, el que produce con su esfuerzo, más ó menos intelectual, más ó menos muscular, es explotado, expoliado, robado por los que á sus expensas se mantienen y aun acumulan riquezas, gentes que el Estado protege en sus agios y que la opinión pública considera como honradas. Esto es lo que ha de desaparecer, esto es lo que motiva los movimientos majestuosos de la masa trabajadora en el 1.º de Mayo, la única que tiene el verdadero sentido de la justicia.

La sociedad ó la colectividad le debe al hombre la posibilidad de la vida en toda su extensión y con toda su intensidad. Y no entendemos por este derecho á la vida el mal entendido derecho al trabajo, al que se trató de dar fórmula práctica el 48 con la utopía de los talleres nacionales, ni el derecho á unos míseros bocados de pan; nada de esto. El derecho á la vida que proclamamos, es el derecho á la evolución de todos nuestros principios vitales en la proporción en que cada uno los tenga. Y á cambio de ello el hombre le debe sacrificar sus actividades, su vida, á la colectividad.

Nada más sujeto á disputas, y hasta á desastres, que esos nombres que cual etiquetas marcan de una manera absoluta y definitiva los sistemas en las academias sociales. Los verdaderos filósofos no aceptan nunca ninguno de estos nombres, pues que un nombre es un límite. Así, por lo que al socialismo toca, hacemos constar, como lógico, que no puede ser tomado é impuesto como un sistema en que la sociedad ó el Estado sea omnipotente, teniendo derechos absolutos que prevalezcan sobre el individuo siempre y en todo. El movimiento moderno de emancipación, comprendido entre dos nombres tan diferentes como los de SOCIALISMO y de ANARQUÍA, nace de fuentes que nadie podrá estruncar, nace de la necesidad que tiene la humanidad de organizarse con arreglo á la justicia. Que para ello predomine la colectividad en un momento, ó se supedite en otro, eso es secundario; la cuestión es el fin, y este es el desarrollo integral de las facultades de cada uno, y la seguridad de percibir el equivalente de lo que produce. Llámese á esto socialismo ó libertarismo, el nombre es indiferente, pero la cosa no; y esto es lo que ha de ser y será.

Lo que constituye la fuerza del socialismo es que es el resultado de la tendencia más legítima del espíritu moderno, y en el fondo es todo su desarrollo. La obra empezada ya en Provenza y Cataluña en los siglos XII, XIII y XIV, y continuada luego por el renacimiento, en el orden literario, científico, artístico y político, se resume en lo que podríamos llamar la exaltación creciente de la persona humana. Esto ha producido diversos movimientos: el de reivindicación de los derechos de los sentidos, el de reivindicación de los derechos de la conciencia, el de reivindicación de los dere-

chos de todas las manifestaciones externas, comprendidos con el nombre de libertad. Pues bien: aún no se han reivindicado los derechos de la inteligencia y del sentimiento, ni los de la propiedad. No hay más propiedad que la que nace de lo que uno produce, y esto nos es robado, con una sabia organización de la burguesía, bajo la protección de las leyes, y de una manera inconsciente la mayor parte de las veces por parte de los que nos roban, los cuales se figuran pertenecerles de derecho lo que no les pertenece.

Todo comerciante se creará que legítimamente le pertenece la diferencia que va del valor real de una cosa al valor exiguo por el cual él la adquirió gracias á las condiciones premiosas en que se hallaba el que la produjo. Ninguno verá en ello un robo, un crimen, y no obstante lo es. Todo lo que sea cobrar sobre un objeto más de lo que representa el esfuerzo que el comerciante hace en procurar el cambio, robo es; y, no obstante, este robo legal es la base de la mayoría de las actuales fortunas.

El problema no deja de ofrecer grandes dificultades. De una parte hay que conservar todas las conquistas de la civilización, y por otra hay que hacer participar á todos, en la proporción que con su trabajo obtengan, de estas mismas conquistas.

La solución que se impone cada día de una manera más imperiosa, tendrá que apoyarse en dos extremos: en la mecánica, que emancipará al hombre más y más de las fatigas materiales, y en el capital colectivo, junto con los grandes medios de trabajo.

Hoy por hoy la mecánica lo que hace es sumir un sin fin de obreros en la miseria. Ahorrando trabajo ahorran manos á los grandes explotadores, y así las máquinas sólo sirven de instrumento de ganancia particular y de embrutecimiento de la masa. No será así cuando sean de todos, pues entonces producirán un verdadero ahorro de gasto de energías, y, por tanto, un descanso y economía de fuerzas que podrán dedicarse al desarrollo intelectual y afectivo.

En cuanto á la organización del capital (lo tenemos dicho en otro artículo), éste será por el estilo de las grandes compañías por acciones ó de las grandes cooperativas. Hace sesenta años, los que afirmaban que se podían hacer grandes cosas con la convergencia de pequeñísimos capitales, eran tratados de utopistas. Fourier, Saint-Simón, Proudhon, han dado lugar á las grandes compañías, á las Exposiciones Universales y á otras maravillas de la asociación.

Así no nos preocupa la nueva organización. Ella saldrá, y será con arreglo á justicia, obteniendo cada uno en proporción de lo que haga (1). Al principio podrá ser algo defectuosa; pero se perfeccionará, pues los intereses de la humanidad toda entera están en ella.

¿Cómo se obtendrá? Lo ignoramos. Sólo sabemos que se obtendrá; esto nos basta.

Un país (y esto cada día más) cuanto más civilizado está, menos es en él el interés del capital. La renta viene más gravada, y así el que trabaja lo es todo y el ocioso es casi nada. Pues á la supresión de la renta, del interés y de la herencia, es decir, á la abolición del ocioso que vive sobre todos los demás, es á lo que deben de tender todas las leyes y todos los esfuerzos, y á la exaltación del que produce, á la dignificación del trabajo inteligente, superior.

En la época actual estamos en un equilibrio inestable. Obtener el reposo, un equi-

(1) Esta teoría es colectivista; la comunista dice en proporción de lo que necesita.—
(N. de la R).

librio estable, es imposible hasta que este gran problema esté resuelto. Sólo los hombres de partido creen hallar solución á ese conflicto sin resolver el gran problema.

Los unos proclaman la fuerza, los otros la libertad. Así para los primeros los que abordan problemas sociales son criminales ó locos. Y, no obstante, de Espartaco á Juan de Leyden y de éste á Bakounine, los que han visto el fondo de las cosas son los que han intentado resolver el problema social. Toda revolución política ha creado un orden social nuevo. Sólo la revolución del 93 ha dejado subsistir el antiguo; pero lo que ha de ser será, y de aquellos principios proclamados por la constituyente francesa, los que sean vitales producirán por la misma lógica de las cosas el nuevo orden social que ha de venir á regirnos..

* * *

Es necesario que aquí hagamos notar una cosa, y es que mientras el capital pueda acumularse en pocas manos, por un mal entendido principio de libertad individual, los Estados están perdidos, ó mejor, en ellos el hombre será víctima de la esclavitud y la miseria.

Todos los períodos que han precedido al hundimiento de las sociedades han presentado este fenómeno. El Estado se ha vuelto venal. El pobre, desesperado, ha odiado la ley, de la misma manera que el rico opulento se ha burlado de ella.

Esparta sucumbió cuando todo el territorio estuvo en manos de cien familias. Roma cayó cuando hubo millones de proletarios enfrente de unos miles de propietarios que disponían de riquezas tan considerables que, como cuenta Craso, cada rico podía levantar y mantener un ejército.

En la Italia del Renacimiento pasó lo mismo. La libertad del pueblo fué destruída por la oligarquía del dinero y por la indigencia del proletariado. En Florencia el banquero más rico acabó por llegar al poder absoluto, al tiempo que en Génova la Banca de San Jorge se tragó al Estado.

No es que queramos indicar que las grandes acumulaciones del capital no sean beneficiosas, pero no, perteneciendo á unos pocos. O el capital ha de pertenecer á todos, por la asociación, como ya hemos dicho, ó se han de suprimir los medios de concentrarlo en pocas manos y favorecer los medios de su división, al par que los de su acrecentamiento. Estas son las lineaciones bajo las cuales creemos que en el porvenir se resolverá el problema.

POMPEYO GENÉ.

CIENCIA Y ARTE

FISIOLOGÍA

EL REPOSO

Reparación de la máquina motora.—Limpieza de sus órganos: eliminación de los residuos de combustión.—Disminución de las combustiones durante el estado de reposo.—Disminución de la temperatura y lentitud en las funciones vitales durante el sueño.—El tiempo de reposo debe variar según la forma de la fatiga.—Brevedad del tiempo de reposo necesario para

disipar la sofocación.—Los corredores tunecinos.—Diferencias en la rapidez de la eliminación de los productos de la desasimilación.—Efectos dinámicos del reposo: hasta ahora son inexplicables.—Influjo de los tiempos de reposo con relación á la conservación de la fuerza.—Los pugilistas ingleses.

I

En una máquina de vapor, el trabajo sigue mientras se alimenta el hogar, á menos de que haya un accidente.

En el cuerpo humano, no obstante la alimentación más rica, el movimiento muscular deviene imposible después de algún tiempo de ejercicio, y debe interrumpirse forzosamente: el organismo tiene necesidad de reposo. La máquina humana no puede trabajar más que de un modo intermitente. Pero esta imperfección aparente es, en realidad, el resultado de una superioridad muy grande sobre la máquina industrial. El reposo resulta de la facultad que tiene el organismo vivo de *repararse*.

La máquina que trabaja se usa lenta, pero fatalmente; mientras más ha servido, es menos apta para servir. Se puede calcular, desde luego, la suma de trabajo en kilogrametros que hará tal ó cual aparato, tal ó cual instrumento antes de usarse. Un cañón queda fuera de servicio al cabo de cierto número de disparos. Mientras más funciona una máquina más se deteriora y más pierde su aptitud para funcionar. Por el contrario, mientras más trabaja el cuerpo vivo, más apto y resistente se hace para el trabajo. Es una ley del movimiento vital que la función fortifica el órgano, mientras que en una máquina el funcionamiento desgasta las ruedas.

Los órganos del cuerpo humano reparan las pérdidas que se han hecho por el trabajo, y hacen, para compensarlas, nuevas adquisiciones; desde luego, es una ley de la vida que las pérdidas del trabajo no se reparan durante el trabajo mismo, sino sólo después que éste ha cesado. El reposo es, pues, el período de tiempo necesario á los órganos para reparar las pérdidas que les ha hecho sufrir el trabajo.

¿Cuál es la naturaleza de los actos que concurren á reparar los órganos, después de un período de funcionamiento? Estos actos son muchos y complicados; algunos nos son conocidos; la mayor parte, no.

La reparación de los órganos es, hablando con propiedad, una renovación completa de estos órganos. Un músculo que trabaja produce residuo; es decir, se despoja de ciertas partículas de su tejido, que se desprenden del órgano y son eliminadas al exterior. En su lugar, la sangre llevada con abundancia al músculo, por el hecho mismo de su contracción, acarrea allí materiales nuevos, que se fijan y reemplazan á los que han sido eliminados. Constantemente, una partícula nueva se desprende en estado de residuo y se encuentra reemplazada por otra de nueva formación. Resulta de aquí que el músculo entero acaba por renovarse, y el movimiento de nutrición vuelve á poner nuevos los instrumentos del trabajo.

Así, pues, el cuerpo es una máquina cuyas ruedas se renuevan constantemente á sí mismas, y están sometidas á una reparación continua. Esta es la causa de que el cuerpo no se gaste trabajando.

El torrente sanguíneo que atraviesa un músculo, ejerce sobre él un verdadero lavado, desembarazándole de los residuos de combustión que resultan del trabajo. Este lavado exige un tiempo bastante largo, puesto que, según nuestras observaciones, son necesarias doce y hasta veinticuatro horas para la expulsión de estos residuos por la orina. Durante este tiempo, ondas sucesivas de líquido sanguíneo vienen á arras-

trar las moléculas deterioradas que forman los residuos, y llevan al propio tiempo á esos músculos los elementos nitrogenados necesarios para reemplazarlos.

Fácil es comprender que esta función no puede cumplirse regularmente sin que el trabajo cese, porque la formación continua de nuevos residuos hace completamente nulo el resultado de la limpieza hecha por la corriente sanguínea. Los materiales de nueva formación no podrían fijarse sobre tejidos llenos de restos que, hasta que se expulsan, hacen el papel de cuerpos extraños, y el músculo no se repara.

El resultado de un tiempo de reposo insuficiente, será, de una parte, la acumulación de materiales deteriorados por las combustiones, y de otra, la falta de reparación, la nutrición deficiente de los órganos del trabajo.

Así es como se produce la auto-infección por los productos del trabajo, consecuencia del recargo en las personas sometidas á trabajos muy prolongados, interrumpidos por tiempos de reposo muy raros y cortos. Así también la falta de reposo acarrea el agotamiento y disminución de volumen en los tejidos quemados mediante el trabajo. Por muy abundante que sea la alimentación, un ejercicio muy prolongado y muy continuo puede ocasionar el adelgazamiento, porque no da tiempo á los movimientos de nutrición para fijar sobre los tejidos los materiales elaborados por la digestión.

Hace falta, pues, en la higiene del ejercicio equilibrar cuidadosamente los períodos de trabajo y los de reposo. Tan interesante es determinar la mayor ó menor frecuencia en los tiempos de reposo, como establecer el trabajo que se ha de efectuar.

Todos los ejercicios no piden el mismo reposo; todos no pueden prolongarse el mismo tiempo.

Los ejercicios que sofocan deben interrumpirse por descansos más frecuentes, pero que pueden ser cortos. En efecto, estos ejercicios producen mucho ácido carbónico en un tiempo muy breve. Este producto de combustión es capaz de ocasionar en muy poco tiempo accidentes graves; de ahí la necesidad de eliminarle pronto para impedir su acumulación. Por otra parte, es muy volátil y se expulsa con gran facilidad del organismo por la respiración. En ciertas comarcas de Túnez hay aún corredores comisionistas ó portadores de despachos, llamados *rekas*, que son de una resistencia inaudita á la fatiga y á la sofocación. Cuando un reka nota que su respiración se embarrasa en la carrera, se para, cuenta hasta sesenta y vuelve á partir. Este reposo le basta para cobrar alientos.

El trabajo de resistencia ocasiona menos rápidamente la fatiga que el ejercicio de velocidad, pero necesita un reposo más prolongado. Un caminante que no está habituado á largos trayectos, podrá, apelando á su energía, hacer un camino de cinco ó seis leguas sin pararse; pero si ha tardado la fatiga en producirse, tardará también en desaparecer, y no serán uno ó dos minutos los que necesitará para rehacerse, sino un día entero ó quizás dos. Porque, en este caso, los residuos de la fatiga no serán cuerpos gaseosos, como el ácido carbónico y el vapor de agua, y no se moverán con rapidez para salir del organismo. Estos residuos, como ya hemos dicho, serán productos nitrogenados, sólidos, muy poco solubles, y que exigen un tiempo muy largo (de seis á diez y ocho horas) para ser eliminados por la orina. De aquí la necesaria duración del tiempo de reposo. Si el ejercicio se reanuda demasiado pronto; si el tiempo de reposo es insuficiente, se formarán nuevos residuos antes de que los primeramente producidos hayan salido del cuerpo, y se acumularán á altas dosis. De este modo se produce la intoxicación, debido al recargo en todos sus grados.

El reposo es, pues, la condición esencial de la eliminación de los residuos del

trabajo, porque en el estado de reposo, la producción de estos residuos se detiene. Es la condición esencial también de la reparación de los órganos, porque el movimiento de asimilación, en virtud del cual estos órganos se reparan, está entorpecido durante el trabajo muy activo por el movimiento de desasimilación.

II

La eliminación de los productos de desasimilación y la reparación de los tejidos, no dan la explicación de todos los hechos en que el reposo interviene para devolver á los músculos fatigados el poder de entrar nuevamente en contracción.

Cuando extendemos el brazo horizontalmente y al cabo de cinco minutos nos obliga la fatiga á dejarlo caer, basta un minuto de inactividad para recobrar el poder de extenderlo de nuevo. ¿Qué ha pasado en el músculo durante este minuto de reposo?

El tiempo ha sido demasiado corto para permitir que la corriente sanguínea *lave*, en cierto modo, el músculo y arrastre los residuos de combustión que impregnan sus fibras. Por otra parte, un minuto no basta para que los materiales aportados por la sangre puedan reparar materialmente las pérdidas sufridas. Hay que invocar, pues, un efecto dinámico, aun cuando no se pueda decir exactamente en qué consiste ese efecto.

El músculo, por el hecho mismo de cesar el trabajo, hace una nueva provisión de esa fuerza inherente á su fibra, la *cotracilidad*, agotada por un esfuerzo prolongado.

Esta explicación parece más bien una confesión de ignorancia, que una teoría; pero, por insuficiente que sea, está conforme con los hechos, en el sentido de que implica la existencia de una fuerza propia del músculo, é independiente de la que pueda venirle del exterior. Que se destruya toda comunicación del músculo con los vasos nutritivos que llevan la sangre; que se haga desaparecer todos los filamentos nerviosos que lo ponen en relación con los centros motores de la medula espinal y del cerebro; ese músculo, reducido á la sola energía de sus elementos propios, será susceptible de experimentar alternativas de agotarse por el trabajo y de recobrar su poder *contráctil* por el reposo, como cuando estaba asociado á los órganos de la circulación y de la *inervación*. Si se le electriza de un modo continuo, se fatigará y no responderá á la excitación de la corriente; si se le deja entonces cierto tiempo sin tratar de ponerle en acción, se verá poco á poco reaparecer su poder *contráctil*, como si sus elementos fuesen capaces de elaborar de una manera incesante cierta cantidad de fuerza para reemplazar la que se ha agotado por la *contracción* demasiado prolongada.

Hay una última categoría de hechos en que debe invocarse otro influjo para darse cuenta de los efectos del reposo. La interrupción de un esfuerzo muscular, parece algunas veces que sólo tiene por objeto hacer cesar el dolor que provoca la *contracción* en el músculo.

Éste está atravesado por numerosos filamentos nerviosos sensitivos, que sufren necesariamente un frotamiento cuando el músculo entra en *contracción*. Todo el mundo conoce un fenómeno que muestra hasta qué punto la *contracción* muscular puede hacerse dolorosa cuando se lleva demasiado lejos; el *calambre*, que no es otra cosa que una *contracción* muscular involuntaria y exagerada. Este fenómeno nos da idea del dolor que puede provocar un músculo al contraerse. El dolor que acompaña á un rozamiento persistente de los nervios sensitivos estirados por el músculo, es frecuentemente la verdadera causa de la sensación que nos invita y nos obliga á aflojar el mús-

culo, haciendo cesar una actitud fatigosa. Lo que parece confirmar esta explicación es la facultad que poseen las personas hipnotizadas de soportar durante un tiempo extraordinariamente largo las posturas más fatigosas, la estación sobre un pie, por ejemplo, sin manifestar ninguna sensación de fatiga. No hay dificultad en creer que, en estos individuos, la desaparición de la fatiga es debida á la anestesia de los filamentos nerviosos y á la abolición de la sensación dolorosa. Esta anestesia se manifiesta, como es sabido, en todos los nervios sensitivos de los hipnotizados, puesto que se les puede pinchar y traspasarles la piel con un alfiler sin causarlos dolor alguno.

En resumen, el reposo de los músculos tiene por efecto.

1.º Hacer que cesen ciertas sensaciones dolorosas, por concluir las contracciones capaces de rozar dolorosamente los filamentos nerviosos y de estirar las fibras musculares.

2.º Dar á los residuos de la combustión tiempo para que se eliminen;

3.º Permitir á los elementos plásticos de la sangre reparar los materiales tomados de los órganos por las combustiones del trabajo.

4.º Dar tiempo á los elementos musculares, ó nerviosos, para hacer nueva provisión de energía, por un mecanismo fisiológico todavía desconocido.

El reposo es el estado diametralmente opuesto al trabajo, y los fenómenos que se observan en ambos estados, tan diferentes, son absolutamente inversos. El trabajo muscular produce la exageración de los fenómenos vitales y da á todas las funciones una intensidad mayor; acelera el pulso y la respiración y eleva la temperatura del cuerpo. El reposo hace más lentos el pulso y la respiración y rebaja la temperatura.

El reposo, como el trabajo, tiene grados, y estos grados son muy relativos. Para el individuo habituado á correr, ir al paso es descansar; para el enfermo habituado á la posición horizontal, estar sentado es un trabajo.

El sueño es el reposo completo, porque en ese estado todos los músculos de la vida de relación están aflojados, y los de la vida orgánica funcionan con menos energía. La respiración y el pulso son menos frecuentes que en el estado de vigilia y la temperatura desciende.

Además, un órgano que trabaja sin cesar en el estado de vigilia, el cerebro, descansa durante el sueño, y su circulación deviene mucho menos activa, como se ha podido comprobar estudiándolo en hombres que tenían alguna herida en el cráneo.

La disminución de temperatura durante el sueño es una prueba de que las combustiones disminuyen y de que los residuos se reducen á su mínimo. Además, se ha podido comprobar que el ácido carbónico emitido durante el sueño no era más que la mitad del que se elimina durante la vigilia.

La continuidad del trabajo produce una fatiga tanto más intensa cuanto más considerable es el gasto de fuerzas. Un esfuerzo violento no puede sostenerse largo tiempo; pero si el ejercicio más fuerte se interrumpe con momentos de reposo, aun cuando sean cortos, pero bastante frecuentes, podrá prolongarse mucho más tiempo.

En Inglaterra, en las luchas de pugilistas, se suspende el combate cada tres minutos y los luchadores descansan durante dos (1). Este sistema de interrumpir el combate por momentos de reposo muy frecuentes, parece á primera vista que ha de servir para dulcificar la brutalidad de la lucha, y es, por el contrario, la manera de hacer más mortal el resultado. Antes, cuando el combate seguido era más largo, los pugilis-

(1) Esquiros, *L'Angleterre et la vie anglaise*.

tas estaban en guardia durante diez minutos, atacando y parando, y se fatigaban muy pronto. Sus golpes eran menos seguros y las lesiones que producían eran menos graves. El cansancio, unido á las heridas, acarreaba la imposibilidad de continuar la lucha. Hoy, con los ataques cortos y los descansos frecuentes, los adversarios conservan intacta su fuerza, y los puñetazos son tan terribles al final como al principio. El vencido pide la terminación, no porque esté extenuado, sino gravemente herido. A pesar de su fuerza y de su increíble resistencia, los campeones no podrían, sin esos momentos de descanso, soportar las fatigas prolongadas de estos combates, que á menudo duran muchas horas.

FERNANDO LAGRANGE.

(Traducción de Ricardo Rubio.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

El sexto sentido.—Observaciones de Dunn, Couch, Gunther, Day y Cunningham sobre los sentidos de los peces.—Afirmaciones de Mr. Mathias Dunn sobre la existencia del sentido electro-dérmico.

No hablaré aquí del sexto sentido que, según dicen, perturba los otros cinco, ni del sentido común, sexto sentido de que tantos contemporáneos carecen, sino de un sentido real y positivo, cuya existencia será quizá pronto reconocida por la ciencia oficial.

Se ha hablado frecuentemente, sin evidencia científica, del sentido de la orientación de que parecen hallarse provistas ciertas especies animales, especialmente las palomas viajeras. Algunos naturalistas ingleses han hecho en estos últimos tiempos sobre algunas variedades de pescados estudios anatómicos y fisiológicos, que han conducido á uno de ellos, Mr. Mathias Dunn, á afirmar la existencia de un sexto sentido, al que da el nombre de «sentido electro-dérmico», y reemplaza á lo que hasta el presente se llamaba el *homing instinct* (el instinto de la propia habitación) (en castellano vulgar, *la querencia*). Algunos de los estudios de Mr. Dunn sobre esta interesante cuestión han sido publicados por la *Contemporary Review*, y han causado sensación en los centros científicos del Reino Unido.

Sábase que los peces, aunque teniendo afecto á su residencia habitual, sienten la necesidad de cambiar de domicilio, como la reina Victoria, que adora Windsor, y pasa estaciones en Osborne, Niza ó Balmoral. Del mismo modo la gente acuática tiene casi siempre una residencia de invierno y otra de verano, frecuentemente muy distantes una de otra.

En consecuencia, se ha establecido fácilmente que los cinco sentidos que conocemos son insuficientes para permitir á los pescados encontrar su residencia primitiva. En primer lugar, el mar no es siempre un medio cristalino, porque recibe impurezas por las lluvias, las corrientes de agua, las inmundicias humanas, y, sobre todo, las de los habitantes de los mares, las cuales son con frecuencia de una densidad casi igual á la del agua, y la enturbian notablemente. La esperma de los pescados es una causa constante de impureza; sólo el de las sardinas es de tal modo abundante, que basta para blanquear el agua en decenas de kilómetros cuadrados, y la hacen tan espesa, que no se perciben los objetos á algunos centímetros bajo el agua. A veces, durante el

mes de Marzo, el mar parece lleno de extensas masas de filamentos mucosos que se extienden á distancias considerables.

Semejantes condiciones de suciedad y obscuridad no hacen del mar un medio favorable al uso de los sentidos, como nosotros los conocemos. Y, sin embargo, á despecho de las dificultades inmensas que un ser, aunque estuviera dotado de la inteligencia humana, experimentaría para encontrar un camino en esas condiciones, los habitantes del abismo salen fácilmente del paso.

Es inconcebible la sencillez con que esos seres reconocen los lugares y encuentran los sitios más propios para los placeres y las necesidades de la vida.

«Estos hechos—dice con razón el profesor Dunn—indican la existencia de facultades, de percepción más delicadas, más cultivadas en el pescado que en el hombre.» «Esto—añade el profesor—sólo se explica admitiendo la existencia de un nuevo sentido: *an extra sense*.»

Para apoyar su tesis Mr. Dunn comienza por hacer algunas consideraciones sobre el sistema sensitivo de los pescados. Los ojos de muchos de esos animales tienen una acción independiente: se ha observado que vigilan sus enemigos con el ojo derecho, mientras que se sirven del izquierdo para buscar su alimento, tomando ó abandonando éste, según el peligro que puede ofrecer la presencia de aquéllos. Algunos vigilan con un ojo y duermen con el otro. Couch y Dunn han observado en el mar algunos pescados que rodeaban una roca, durmiendo con el ojo vuelto á ella y vigilando con el otro. Esto explicaría el error de ciertos naturalistas que, basándose en que ciertos pescados, entre ellos los tiburones, siguen á los barcos semanas enteras, afirman que no duermen jamás.

Las observaciones precedentes parecen indicar la presencia de un sistema nervioso múltiple, de una doble existencia en algunos. Ciertos pescados tienen tal potencia de acción sobre sí mismos, que cambian fácilmente de color según el medio en que se encuentran ó el objeto que se proponen.

El Dr. F. Day, en su voluminosa obra sobre los pescados de las Islas Británicas, cita ejemplos, en extremo curiosos, de estos cambios de color y también de las propiedades de los órganos de la visión en algunos pescados. Mas por interesantes que sean esas propiedades respecto á la independencia mutua de sus dos ojos, un estudio atento ha permitido establecer que eran insuficientes para vencer los obstáculos ya indicados.

Respecto al sentido del tacto, hállase generalmente tan poco desarrollado en los peces, que habiendo mordido el anzuelo y logrado escapar, muerden de nuevo á la primera ocasión.

En la famosa *History of the Fishes*, del profesor Couch, se encuentra entre otros el ejemplo de un tiburón que se había echado al agua después de haberle arrancado el hígado, dedicándose en seguida, como si nada le hubiese ocurrido, á la persecución de un pez que acababa de escaparse de la red.

El profesor Day, en los *Poissons britanniques*, cita numerosos ejemplos que tienden, por el contrario, á probar que ciertas especies de pescados de aguas turbias cuentan más con el tacto que con la vista para procurarse el alimento; pero ese desarrollo del sentido del tacto no basta para explicarse la facilidad con que esos mismos pescados se dirigen con toda seguridad hacia un punto determinado.

La misma observación respecto del gusto y del oído, cuyo último sentido les había sido negado indebidamente por varios autores, según el ilustre Day, quien ha demos-

trado que, no solamente oyen los pescados, sino que los hay que poseen voces capaces de expresar la cólera, el terror, la pasión amorosa. «Me admira—dice el mismo autor en su *Instincts and Enntions in Fishes*—, que se haya podido estar en discordancia tanto tiempo sobre este asunto, porque si los pescados no oyesen, ¿para qué poseen un aparato auditivo tan complicado?»

El olfato es en los pescados una de las facultades más importantes, porque les da, lo mismo que á los perros, una noción exacta de cuanto les rodea; pero un análisis minucioso ha permitido á Mr. Dunn determinar que la dificultad en cuestión no se resolvía tampoco por una hipótesis sobre el empleo del olfato, por lo que el autor no vacila en pronunciarse por la existencia de un sexto sentido, el sentido *electro-dérmico*, cuyos órganos pueden ser las líneas laterales de la piel de ciertos pescados.

Cuando Mr. Dunn se dió cuenta de la existencia de esas líneas ó tubos, se extrañó de que los ictiólogos eminentes no hubiesen establecido de una manera precisa cuáles eran los pescados que poseen esos tubos dérmicos y los que de ellos carecen. Sin embargo, Day había afirmado ya la existencia de esos tubos en algunos tiburones, pero sin atribuirles importancia sensitiva; pero Mr. Dunn, habiendo podido reconocer su presencia en todas las especies cuyos individuos emigran periódicamente y no habiendo logrado encontrar el menor vestigio en las especies que habitan en las inmediaciones del litoral y se separan poco de su residencia habitual, ha concluido lógicamente que la existencia de esas líneas tenía probablemente alguna relación con la facultad de encontrar la vivienda primitiva. Trabajos posteriores no dejaron sombra de duda en el ánimo del naturalista inglés, quien después de una serie de experimentos imposibles de detallar aquí, afirmó de una manera terminante la acción exclusiva de los tubos electro-dérmicos en los fenómenos relativos á la orientación.

Hasta el día la ciencia oficial se ha abstenido de pronunciarse sobre la existencia de ese sexto sentido que Mr. Dunn ha descubierto por la sola observación de la constitución dérmica de los pescados, que la emplean como una de las necesidades de la existencia; pero creo útil recordar que ya Mr. Cunningham, del Laboratorio biológico de Plymouth, había consagrado en una de sus últimas obras páginas interesantes á las líneas laterales de los pescados, probando que estas células son por sí mismas sensoriales en su acción. Por último, el doctor Gunther, del British Museum, ha demostrado que esas líneas están abundantemente provistas de nervios microscópicos.

Las afirmaciones sucesivas de naturalistas tan eminentes como Couch, Day, Cunningham y Gunther, completadas por los trabajos, los descubrimientos y los numerosos experimentos de Mathias Dunn, dejan poca duda, en mi humilde opinión, de la existencia cierta del sentido electro-dérmico.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

PARIS

(Continuación.)

Comenzó por hacer retratos de hacendistas, serie de innobles habladurías, sin concierto y sin pruebas, que hubieran debido conducirle á la prisión correccional, y que reunidas en un volumen tuvieron el ruidoso éxito que usted sabe. Ha continuado y continúa en *La Voz del Pueblo*, diario á que dió nueva vida á fuerza de escándalos y

delaciones, cuando ocurrió lo del Panamá, y que es hoy la boca de la cloaca que arroja las basuras contemporáneas. Inventa cuando la corriente se agota, y por la única necesidad de las habladurías sin fin de que viven su orgullo y su caja.

Y el pequeño Massot no hablaba con enojo, sino que volvía á reirse, pues bajo su indiferente crueldad, profesaba en el fondo respeto á Sagnier.

—¡Oh! es un bandido, pero también hombre enérgico! No puede usted imaginar cuánta vanidad rebosa de su persona. Ya sabe usted que últimamente se hizo aclamar por el populacho, porque pretende ser rey de las plazas, y tal vez se haya enamorado de su airoso actitud de justiciero, acabando por creer que salva al pueblo y defiende la virtud... Lo que me maravilla es su fertilidad para las denuncias y el escándalo. No pasa día sin que descubra algún nuevo horror, sin que entregue nuevos culpables al odio de las turbas. ¡No! jamás se agota el torrente de cieno, y agrega sin cesar una imprevista cosecha de infamias. Cada vez que el público da señales de cansancio por su repugnancia, Sagnier debe redoblar la fuerza de su monstruosa imaginación... Y advierta usted, señor abate, que aquí está el genio, porque nuestro hombre sabe muy bien que la tirada aumenta cuando hace, como hoy, la amenaza de revelarlo todo, de publicar los nombres de los traidores y de los que se vendieron... He aquí su venta asegurada para varios días.

Pedro escuchaba la alegre palabra de aquel hombre que se burlaba de todo; y comprendía mejor cosas cuyo sentido exacto no pudo explicarse antes. Al fin acabó por hacerle preguntas, sorprendido, de que tantos diputados andasen por los pasillos, cuando la sesión había comenzado ya. ¡Ah! por más que se discutiera un asunto de grave importancia, una ley de interés general, todos los individuos dejaban de asistir á la cámara ante la brusca amenaza de una interpelación que podía derribar el ministerio! Y la pasión que se agitaba allí era la cólera contenida, la inquietud cada vez mayor de los clientes, de verse obligados á ceder su puesto á los demás; y también era la brusca esperanza, el hambre dispuesta á dar el asalto á todos aquellos que esperaban, á los aspirantes de los ministerios posibles del día siguiente.

Massot señaló á Barroux, jefe del gabinete, que se había encargado de Hacienda, aunque no estaba así en su centro, para tranquilizar la opinión por su integridad altamente reconocida después de la crisis del Panamá. Hablaba separadamente con el ministro de Instrucción pública, el senador Taboureaux, antiguo universitario, de expresión triste, hombre muy probo, pero que desconocía París completamente, pues habían ido á buscarle en el fondo de una Facultad de provincia. En cuanto á Barroux, era hombre de mucha ostentación, de elevada estatura, con rostro agradable muy afectado, pero cuya expresión de nobleza afeaba la nariz, demasiado pequeña. A los sesenta años tenía el cabello rizado, blanco como la nieve, lo cual, acababa de comunicarle cierto aire majestuoso, un poco teatral, del que se aprovechaba en la tribuna. Hijo de una antigua familia parisiense, bastante rica, abogado primero, y después periodista republicano bajo el imperio, había llegado al poder con Gambetta, honrado y romántico, y algo necio, pero muy valeroso, con mucha rectitud, y una fe que se conservaba ardiente respecto á los principios de la gran Revolución. El jacobino se revelaba en él, convertíase en antecesor, en uno de los últimos sostenes de la república ciudadana, de la cual comenzaban á reirse los recién venidos, los jóvenes políticos de dientes largos; y bajo el aparato de su personalidad, bajo la pompa de su clemencia, había en él cierta vacilación, cierta ternura de hombre sensible, que lloraba al leer los versos de Lamartine.

Después se vió pasar á Monferrand, ministro del Interior, que se llevó á Barroux á un lado para decirle algunas palabras al oído. Hombre de unos cincuenta años, tenía, al contrario de su compañero, escasa estatura, era grueso, con expresión risueña y paternal, cara redonda, algo vulgar, circuida de una barba de color castaño, y que revelaba viva inteligencia. Reconociábase en su persona al hombre de gobierno, avezado á las rudas tareas, que jamás suelta la presa. Antiguo alcalde de Tulle, procedía de Corrèze, donde era dueño de una gran propiedad. Seguramente se le podía considerar como una fuerza en marcha, cuyo ascenso constante miraban los observadores con mucha inquietud. Hablaba sencillamente, con una tranquilidad y una fuerza de convicción extraordinarias. Sin aparente ambición, por otra parte, afectaba un desinterés completo, bajo el cual se ocultaban los más furiosos apetitos. Un ladrón, escribía Sagnier, un asesino que había estrangulado á dos de sus tías para heredarlas. Pero en todo caso, un asesino que no tenía nada de vulgar.

Pronto llegó otro de los personajes del drama que se iba á representar, el diputado Vignon, cuya entrada agitó á los grupos. Los dos ministros le miraron; mientras que él, muy rodeado de amigos, les sonreía desde lejos. Aún no tenía treinta y seis años; era delgado, de estatura regular, rubio, y con la barba muy bien cuidada. Parisiense, que había hecho rápida carrera en la administración, llegando á ser un momento prefecto de Burdeos, era ahora la juventud y el porvenir de la Cámara. Persuadido de que se necesitaba en política un nuevo personal para llevar á cabo las más urgentes reformas indispensables; muy ambicioso é inteligente, y sabiendo muchas cosas, tenía un programa, cuya aplicación era perfectamente capaz de intentar, al menos en parte. Por lo demás, no manifestaba apresuramiento, pues dotado de prudencia y finura, seguro de que su día llegaría, y fuerte por no haberse comprometido aún en nada, tenía ante sí el espacio libre. En el fondo no era más que un administrador de primer orden, de clara elocuencia, cuyo programa no difería del de Barroux sino por el rejuvenecimiento de las fórmulas, aunque un ministerio Vignon en vez de un ministerio Barroux pareciese como un acontecimiento notable. Y á Vignon se refería Sagnier al escribir que aspiraba á la presidencia de la república, aún á costa de hollar sangre para llegar al Elíseo.

—¡Dios mío!—exclamó Massot—es muy posible que esta vez no mienta Sagnier, y que haya encontrado una lista de nombres en algún libro de memorias de Hunter que cayera en su poder... En ese asunto de los Caminos de hierro africanos, yo sé ciertamente que para obtener algunos votos Hunter fué reclutador de Duvillard; pero si se quiere comprender, es preciso determinar desde luego de qué manera procedía, con una habilidad y una amable delicadeza que difiere mucho de las brutales corrupciones y de la sucia negociación que se supone. Es necesario ser Sagnier para representarse un Parlamento como un mercado abierto, donde todas las conciencias se venden, y donde se adjudican al que más ofrece con la mayor imprudencia. ¡Ah! las cosas han pasado de muy distinto modo, son explicables, y hasta se puede dispensar á veces... Así, pues, el artículo se refiere sobre todo á Barroux y á Monferrand, pues se les señala claramente sin nombrarlos. Usted no ignora que en el momento de la votación, Barroux estaba en el Interior, y Monferrand en Obras públicas; de modo, que ya se les acusa de ser dos ministros prevaricadores, el más negro de los crímenes sociales. Yo no sé en qué combinación política pudo entrar Barroux, mas juraría que no se ha guardado nada en el bolsillo, porque es el más honrado de los hombres. En cuanto á Monferrand, es otro asunto; le considero como hombre capaz de hacer su negocio.

pero me sorprendería mucho que se hubiera puesto en mala situación. No es susceptible de cometer una falta, sobre todo una falta estúpida, como la de tocar dinero, dejando atrás el recibo.

Massot se interrumpió para indicar con un movimiento de cabeza á Duthil, que con aire inquieto, aunque risueño, hallábase entre un grupo que acababa de formarse alrededor de los dos ministros.

—¡Mire usted—dijo—aquel joven de allá abajo, aquel guapo mozo que tiene una barba tan triunfante!

—Le conozco—contestó Pedro.

—¡Ah! conoce usted á Duthil! ¡Pues bien, he ahí uno que seguramente ha tocado; pero es un aturdido! Llegó de Angulema para disfrutar aquí de la vida más agradable, y no tiene más conciencia ni escrúpulos que los graciosos pinzones de su país, siempre entregados á una fiesta de amor. ¡Ah! para ese, el dinero de Hunter era como un maná al que tenía derecho, y ni siquiera se ha dicho á sí propio que se ensuciaba los dedos. Está usted seguro que se admira de que nadie pueda dar á eso la menor importancia.

Así diciendo, señaló otro diputado que se hallaba en el mismo grupo, hombre de unos cincuenta años, muy alto, de aspecto mísero, sucio, cargado de espaldas, con la cabeza muy voluminosa y prolongada. Tenía el cabello amarillento, escaso y aplanado, el bigote con las puntas pendientes, y su rostro expresaba un continuo malestar.

—¿Y á Chaigneux, le conoce usted? No... pues mírele usted allá, y pregúntese después, si no es muy natural también que ese haya tocado... Llegó de Arras, donde tenía bufete de abogado; cuando su circunscripción le envió aquí, se aficionó á la política, y lo ha vendido todo para venir á París con el objeto de hacer fortuna. Vive con su mujer y sus tres hijas, y ya podrá usted imaginar su desorden en medio de aquellas cuatro mujeres, que son terribles, siempre á vueltas con los trajes, las carreras y las visitas que han de recibir y devolver. Son la calamidad continua, y la pesadilla diaria de ese pobre hombre, el cual ha creído que su posición de diputado le facilitaría los negocios, y que sin embargo se hunde... ¡Y como quiere usted que Chaigneux no haya tocado, él, que siempre está sufriendo por falta de un billete de quinientos francos! Admito que no fuera antes hombre poco honrado; pero lo es ahora.

Massot se había entusiasmado en su descripción, y continuó haciendo retratos, la serie de aquellos que por un momento tuvo intención de escribir, bajo el título de «Diputados en venta:» los cándidos que habían caído en la red, los exasperados por la ambición, las almas viles que ceden á la tentación de los cajones abiertos, y los agentes de negocios que se embriagan y pierden pie soñando con grandes cifras. Pedro reconocía que figuraban relativamente en reducido número, y que aquellos pocos corderos sarnosos se hallaban en todos los Parlamentos del mundo. El nombre de Sagnier salió á relucir de nuevo, y no había nadie como él, según Massot, para convertir nuestras Cámaras en cavernas de ladrones.

Y Pedro, sobre todo, se interesaba por la tormenta que la amenaza de una crisis ministerial levantaba ante él. Alrededor de Barroux, y Monferrand, solamente los Duthil y los Chaigneux palidecían al sentir el suelo retemblar, preguntándose si no irían á dormir por la noche á Mazas. Todos sus amigos se hallaban allí, todos los que habían obtenido de ellos la influencia, los destinos, y que iban á hundirse y desaparecer con su caída. Por eso era de ver la ansiedad de las miradas, la expectación inquieta que se revelaba en las fisonomías, en medio de las conversaciones en voz

baja, de los informes y de los chismes que corrían de boca en boca. En el grupo que había más allá, al rededor de Vignon, muy tranquilo y risueño, veíase la otra clientela, la que esperaba subir al poder por asalto, para obtener al fin la influencia y los destinos. Los ojos brillaban de codicia; leíase en ellos una alegría en el estado de esperanza aún, y la sorpresa feliz por la brusca oportunidad que se presentaba. A las preguntas demasiado directas de sus amigos, Vignon evitaba contestar, afirmando tan sólo que no intervendría. Y su plan era evidentemente dejar á Mege interpelar, para que derribase el ministerio, pues él no temía nada, y en su concepto no tendría después más trabajo que el de recoger las carteras caídas.

—¡Ah! Monferrand—decía el pequeño Massot—, he ahí un mozo que va con el viento! Le he conocido anticlerical, y comiendo á costa del sacerdote, si me permite usted expresarme así, señor abate; y no lo digo para complacerle; pero creo poder anunciarle que se ha reconciliado con Dios... Por lo menos, me han referido que monseñor Martha, tan famoso por sus conversiones, no le abandona nunca. Esto agrada en los nuevos tiempos de hoy día, cuando la ciencia ha sido derrotada, y cuando por doquiera, en las artes, en las letras, y en la sociedad misma, la religión vuelve á florecer en delicioso misticismo.

Massot se burlaba, como siempre; pero había dicho esto con tanta amabilidad, que el sacerdote hubo de inclinarse. Por lo demás, habíase producido alguna agitación; algunas voces anunciaron que Mege subía á la tribuna; y hubo un apresuramiento general; todos los diputados volvieron á entrar en la sala de sesiones, y no quedaron más que los curiosos y algunos periodistas en la sala de los Pasos Perdidos.

—Es extraño que Fonségue no haya llegado aún—continuó Massot—, porque le interesa lo que sucede; pero es tan ladino, que siempre tiene alguna razón cuando no hace lo que otro haría... ¿Le conoce usted?

Y como Pedro contestase afirmativamente, continuó:

—¡Ese sí que es una gran cabeza y una verdadera potencia!... ¡Oh! hablo libremente y no tengo la humildad del respeto á los jefes. Esa clase de hombres es la que más conozco y la que analizo de mejor gana... Fonségue está señalado también claramente en el artículo de Sagnier. Por lo demás, es el cliente ordinario de Duvillard, y no puede dudarse que ha tocado dinero, porque toca en todo, pero siempre sabe quedar á cubierto: toca por razones justificables; la publicidad, las comisiones permitidas; y si tarda en llegar, como para establecer la coartada moral, será por que habrá cometido la primera imprudencia de su vida.

Massot continuó refiriendo todo cuanto sabía de Fonségue; dijo que era natural de Corrèze, y que se había indisputado seriamente con Monferrand á causa de ciertas historias desconocidas; que era un antiguo abogado de Tulle, llegado á París para conquistarle, y que le había conquistado realmente, gracias al gran diario de la mañana, *El Globo*, del cual era fundador y director. Ahora ocupaba, en la avenida del Bosque de Bolonia, una lujosa casa, y no se aventuraba ninguna empresa sin que él se tomara la mejor parte. Tenía el genio de los negocios, y servíase de su diario, como de una fuerza incalculable, para reinar en la plaza cual si fuese el amo. ¡Pero que línea de conducta, qué larga y hábil paciencia antes de llegar á obtener su acreditado renombre de hombre grave y gobernante, con la autoridad del más virtuoso y más respetado de los diarios! No creyendo en el fondo ni en Dios ni en el diablo, había hecho de *El Globo* el sosten del orden, de la propiedad y de la familia; y republicano conservador desde que tenía interés en serlo, manteníase religioso, con un espiritualismo que

tranquilizaba á los ciudadanos. En su autoridad aceptada y saludada, tenía una mano en el fondo de todas las bolsas.

—¿Qué tal, señor abate—dijo Massot,—ve usted ahora adonde conduce la prensa? He ahí á Sagnier y á Fonségue; compárelos usted un poco. En suma, son compadres; cada cual tiene un arma y se sirve de ella; pero ¡qué diferencia en los medios y en los resultados! El diario del primero es un albañal, que él mismo impele, convirtiéndolo en cloaca; mientras que la publicación del otro representa seguramente el mejor periodismo que se pueda hacer, muy cuidadoso, muy literario, verdadero regalo para las personas delicadas, y al mismo tiempo honroso para el hombre que la dirige... Pero ¡gran Dios, qué identidad en la farsa se encuentra en el fondo!

Y Massot soltó la carcajada muy satisfecho de aquella última burla. Después, dijo bruscamente:

—¡Ah! he aquí á Fonségue al fin.

Y presentó al sacerdote, con mucho desenfado, riéndose aún.

—El señor abate Froment, apreciable jefe, espera á usted hace más de veinte minutos... Yo voy á ver un poco lo que pasa ahí dentro. Ya sabrá usted que Mege interpela.

El recién venido se estremeció ligeramente.

—¿Hay una interpelación?... ¡Bueno, bueno, allá voy!

Pedro le miraba; era un hombrecillo como de cincuenta años, delgado y vivaz, que con su barba negra parecía joven aún. Tenía ojos brillantes, boca que se ocultaba casi bajo el bigote, pero que se consideraba terrible; y con esto, una expresión de amabilidad y de inteligencia que se revelaba hasta en la pequeña nariz puntiaguda, comparable con la del perro de caza que siempre busca.

—En qué puedo complacer á usted, señor abate?—preguntó.

Entonces Pedro expuso brevemente su petición, habló de su visita de la mañana á Laveuve, y dando todos los detalles angustiosos, solicitó la admisión inmediata del pobre hombre en el Asilo.

—¿Laveuve?—exclamó Fonségue.—¿Pues no se ha examinado ya su asunto?... Duthil es quien nos presentó un informe sobre el particular, y los hechos nos parecieron tales, que no hemos podido votar la admisión.

El sacerdote insistió.

—Aseguro á usted, caballero, que si hubiera usted ido conmigo esta mañana, su corazón se habría angustiado. Es lastimoso que se deje una hora más á ese anciano en tan horrible abandono. Es preciso que esta noche duerma en el Asilo.


—¡Oh! esta noche es imposible, absolutamente imposible—replicó Fonségue—, porque se han de llenar formalidades indispensables. Además, yo no puedo tomar por mí solo semejante decisión, pues no tengo autoridad para tanto. No soy más que administrador, y me limito á poner por obra las órdenes de la junta de damas.

—Pero, caballero, precisamente la señora baronesa Duvillard es la que me dirige á usted, asegurándome que solamente usted tiene la autoridad necesaria para resolver la admisión inmediata en caso excepcional.

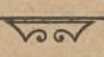
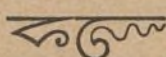
EMILIO ZOLA.

(Continuará.)

(Es propiedad de la casa editorial Maucci, de Barcelona.)



SECCIÓN GENERAL



Dolor y llanto.

Vivimos en un mundo infame, en una sociedad corrompida. Los hombres son en su mayoría ignorantes, perversos, crueles; las instituciones anacrónicas, bárbaras, un conjunto, un abismo de maldad, una suma horrorosa de dolor y desesperación, de llanto y miseria.

Luengos siglos la humanidad ha gemido bajo el peso de la tiranía feudal y teocrática, embrutecida por la ignorancia y la barbarie, y se ha desenvuelto lánguida y penosamente arrastrando una impedimenta enorme de errores.

El virus ponzoñoso de la religión, inoculado desde la más remota antigüedad en el hombre, ha inutilizado su intelecto en todas las épocas para pensar con acierto y lucidez sobre su destino en la tierra. La mentira religiosa ha sido funestísima para la humanidad; tuvo por origen el temor; vivió con la horda, con la tribu y con las sociedades antiguas y modernas, pero siempre fundándose en el error; se nutrió con la ignorancia, progresó con la mentira y no produjo á los pueblos más que tiranía, guerras cruentas de inaudito salvajismo, hábitos perniciosos de intolerancia y obcecación-abandono, suciedad, hipocresía y maldad, consecuencia de haber alejado de la naturaleza á un ser que, como el humano, es genuinamente terrestre.

Idea fatal, institución cruel que, como dice Lucrecio en su inmortal poema *De natura rerum*, llenó las ciudades de templos, instituyó sacrificios é inspiró á los mortales el terror religioso. Hizo más, corrompió á los magnates, envileció los pueblos, mató en el hombre el don de discurrir sobre los fenómenos naturales y llenó su corazón de espanto y de lágrimas sus ojos.

Los poderosos de todas las edades, desde los tiempos patriarcales hasta nuestros días, con anuencia de los sacerdotes de todas las religiones, han esclavizado los pueblos, considerándolos como rebaño ó montón acervo, y negando al hombre derechos, vejándolo y humillándolo, se extinguió en su esencia todo sentimiento de dignidad; esto mismo sucedió en las costumbres y las leyes, y tanto se connaturalizó la esclavitud con el modo de ser de las sociedades antiguas, que muchos sabios de Grecia, según César Cantú, no concebían una sociedad sin esclavos, y discutían sobre si debía, en caso de tempestad, arrojar al mar el cargamento de carne humana ú otro cualquiera. El mismo Platón los consideraba como hermanos desgraciados á los que era imposible redimir. No es extraño, pues, que tan monstruosa castración de la dignidad humana y el absurdo social de la ley de castas pervirtiera á los hombres y las sociedades hasta determinar de una manera decisiva el rumbo de los acontecimientos históricos.

En vano pasaron los siglos, en vano se hicieron revoluciones religiosas, políticas y jurídicas; en vano sucedió á la corrompida sociedad pagana el cristianismo, fúnebre en su origen, triste en su infancia, y apenas llegado á la adolescencia, feroz y cruel

perseguidor como todas las religiones, y además fastuoso y guerrero como ninguna otra. La estructura de las sociedades no ha variado en la esencia de sus organismos institucionales, la ley estática de su naturaleza es la misma que en todos los tiempos históricos, y la ley dinámica de sus funciones produce los mismos efectos que siempre. La Historia corrobora nuestra afirmación. En todas las épocas no se registran otros sucesos más que guerras, tiranías é injusticias; siempre la fuerza oponiendo su veto á la razón; el despotismo persiguiendo á los innovadores; los señores esclavizando ó explotando á la plebe; las religiones combatiendo todas las verdades científicas porque éstas eran la negación de sus dogmas y desautorizando á los sabios, haciéndoles abjurar de sus convicciones ó achicharrándolos vivos simplemente, procedimiento que el cristianismo, esta religión toda amor y mansedumbre, cantada por todos los grandes sofistas, ha practicado con singular crueldad.

*
* *

Y no se diga que el progreso moderno es debido al cristianismo. Dada la condición de la naturaleza humana, los dos únicos elementos necesarios para que el progreso se haga, son el tiempo y el espacio, y por las luchas que engendró el cristianismo perdió el género humano mucho del primero para conquistar el segundo, esterilizado por la destrucción y la muerte de los elementos sanos, que son las víctimas propicias de todas las guerras.

*
* *

Luchando por lo ignoto, arengados por los sacerdotes ó empujados por los tiranos es la historia humana un largo calvario de muchos siglos. Guerras por defender ó imponer un Dios que está en los cielos, sin saber dónde están los cielos ni quién es Dios; guerras por defender las ambiciones del señor ó del monarca, sin que ni uno ni otro hayan valido nunca la vida del más inferior de sus súbditos, y ora en el campo de batalla herido ó vencido, ora contemplando los campos arrasados, las ciudades saqueadas y destruídas, ora sufriendo los horrores de la persecución ó el martirio, el hombre honrado ha vivido siempre en continua zozobra, con el pecho oprimido por la incertidumbre, el cerebro embotado por la ignorancia, el fanatismo y el servilismo, próximo á la desesperación, con el cuerpo dolorido, el corazón lacerado y los ojos anegados en lágrimas.

Por este camino erizado de espinas hemos llegado á la actualidad, y á pesar de todos los progresos materiales del esfuerzo humano y todas las aplicaciones prácticas de la ciencia, todavía rigen los destinos de nuestra especie una porción de canallas y ladrones sin entrañas, seres infinitamente perversos que representan todos los anacronismos del bárbaro pasado, y el pueblo de hoy continúa siendo el rebaño de siempre con las agravantes de la degeneración y la cobardía.

Siempre igual. Ayer guerras religiosas que el fanatismo hizo más bárbaras de lo que la guerra es en sí; hoy luchas sangrientas producidas por la torpeza de la pandilla que representa el gobierno; antes injusticias, ahora errores judiciales; en el pasado autos de fe, en la actualidad *infamias de Montjuich*, y así, gimiendo y llorando, se consumen las generaciones sin acertar á salir del angustioso *Via crucis* que á través de las edades ha seguido el hombre.

Hijos del error, los pueblos no han sabido informar sus actos sino en el error mismo, ni inspirarse en otros principios que los de la injusticia.

Gracias á las sabias lecciones de la Historia y la experiencia, hoy sabemos que es

inútil pretender un cambio radical en el modo de ser de las sociedades humanas, si no se arrancan totalmente las seculares raíces de sus instituciones y se consumen por el elemento que el Dios del Sinaí empleó para purificar las ciudades bíblicas. Así lo exige lo grande de la empresa, y así lo sienten los seres fuertes, de espíritu reflexivo y sentimientos elevados, que odian lo existente por amor á la humanidad, porque no quieren que lllore más y anhelan para ella un porvenir de ventura, de fraternidad y amor.

No, no puede sentirse otra cosa, cuando se ve al obrero carecer hasta de lo más perentorio á sus necesidades, porque hay leyes inicuas que autorizan el robo de lo que produce; cuando se ve prostituir por hambre á la inocente obrera y la joven esposa; perecer de inanición familias enteras, que la inercia consume el vigor de la raza, que el malthusianismo es un culto, el celibato una inmoral imposición á la pobreza, el amor un apetito, la moral un convencionalismo repugnante y la virtud el más abominable de los defectos del individuo y la sociedad: la hipocresía. Cuando todo esto se ve y se siente hondo, una fortaleza inmensa reanima el espíritu abatido y un calor intensísimo cura los dolores del corazón lacerado, seca las lágrimas y hace crispar los puños...

¡Hombres de corazón! ¡Revolucionarios de verdad! ¡Artistas, sabios, literatos! ¡Todos los que no hayáis sido pervertidos por la maléfica influencia del ambiente corruptor que respiramos, trabajemos para combatir este mundo infame con sus privilegios y prejuicios y proclamemos para nuestra especie una sociedad basada en la ciencia, el amor y la equidad. Con su advenimiento acabará el dolor y el llanto que la religión y los tiranos prodigaron al mundo en todos los tiempos.

A. LÓPEZ RODRIGO.

AMOR INQUEBRANTABLE

Los pseudo moralistas tienen la costumbre de hablar mucho para no decir nada, llegando este defecto á su colmo cuando pretenden emitir opiniones sobre el amor. Siguenles en sus eufemismos y abstracciones una gran masa de irreflexivos.

No poseyendo el arma invencible de la instrucción, claro está que todavía no hayan roto el círculo de hierro con que les oprimen las clases privilegiadas, conjunto de iniquidades llamado orden social que les sujeta á vivir lo más antinaturalmente del mundo, tomando por malo todo lo que se agita fuera de la órbita estrecha en que vegetan.

No hay en ellos facultad de crear, facultad libre, aspiración de luz; viven al uso, y, por lo tanto, dispuestos á amar por orden ó por deber y á interés del tanto por ciento. Así es que leyes, costumbres, vicios, todo cuanto enloda nuestra vida, aparecen á la vista de semejantes irreflexivos como atributos de paz y felicidad, y por más que la gigantesca trapisonda donde tales atributos toman carácter produzca dolores, lágrimas y desesperaciones á abstracciones torpemente admitidas relegan la causa, eternizando de esta forma las falsas teorías de la teología, los eclecticismos políticos y la farándula burguesa que sigue tirando de los ramalillos á la masa imbecil.

Y hay que oírles cuando berrean. La libertad del amor, gritan unos, es una locura; otros, una perrería, y muchos una bestialidad pura. La memez de toda esa gente

disparatera se descubre al oponerse á que la mujer sea declarada libre. Jamás se han parado en saber que la esclavitud imprime, así en el mundo material como en el mundo moral, corrompe al que la impone y al que la sufre.

Relegada para ellos la mujer al triste papel de niño ó de ruin arbusto, jamás han podido amarla, ni respetarla, ni comprenderla ni apreciarla; únicamente han sabido imponerle la rigidez de un dueño; nunca han reconocido en ella el complemento armónico y natural del hombre. De ahí que pese constantemente sobre la mujer la ridícula autoridad conyugal y la estúpida superioridad masculina.

O esclava ó prostituta, que es casi igual.

Relajando á tan último grado lo más hermoso de la existencia humana, la actual organización no puede reunir otro carácter que el de una sociedad de mutuos engaños, lugar donde el más refinado libertinaje ostenta cínicamente sus triunfos, porque ningún sentimiento honrado, ningún espíritu de justicia, ni la más sencilla lógica atestiguan la razón de tal autoridad y superioridad. No es extraño, pues, que en lugar de una humanidad dichosa, evolucionando libremente dentro de un medio social puro de toda mancha, la injusta, restrictiva y fatua superioridad masculina nos abisme en un mundo de vicios, donde estallan todos los crímenes, donde las pasiones normales son maniatadas, donde la razón es desconocida, donde la flor azul del ideal caiga marchitada por el soplo impuro de miles de bocas envenenadas.

Pero volviendo á mi objeto, que me respondan con toda sinceridad los adversarios del amor libre, y no me dirijo á los de costumbres insanas y libidinosas, sino á los que se inclinan ante la tradición: ¿Me negarán que la hipocresía y la mentira son hoy los medios invencibles en las batallas del amor?

Tiranizados los afectos del corazón por las imposiciones crueles de la ignorancia, ¿dónde podrán los individuos de ambos sexos dar consideración á los apetitos orgánicos? Dados los absurdos torpemente sostenidos, encontramos la respuesta en el misterio, en la prostitución, en el repugnante y provocativo contrabando, predominio insano que embota, agota y pervierte las pasiones del amor.

En el amor libre, el amor existe hermosamente enlazado, más unido, más puro porque la exquisita corrección de proceder no puede ser quebrantable desde el momento que la felicidad del uno consiste en el placer de la persona querida, porque al amor precederá el cariño de una amistad que irá desenvolviéndose por la afinidad de sentimientos, de aspiraciones y de costumbres. Idealizadas las relaciones entre ambos sexos, la práctica de la solidaridad se desarrollará en común y siempre elevadamente, lo cual evitará que las sensaciones primordiales que siempre resultan una necesidad, sacrifiquen la armonía del conjunto.

Sí, porque entonces no habrá víctimas de absurdos tradicionales, ya que el amor y la vida serán dos sentimientos unidos. Entonces el inflexible y formidable poder de los tiempos modernos, el dinero, que lo encharca todo, que esteriliza los más generosos retoños y corrompe los más soberbios ímpetus, no hallará corazones que se dejen torturar con mentiras religiosas, familiares y mundanas.

Entre el amor y la vida no habrá abismos, no habrá gritos de muerte, ayes de desesperación, maldiciones horribles.

El reproche paternal, la hipócrita severidad del mundo, la culpable rigidez de las leyes y la inseguridad del mañana no engendrarán raptos de locura que hoy vemos dolorosamente terminar con el suicidio. No, no; el amor no puede matar, no puede ser la estrangulación lenta de nuestros cuerpos, no puede ser engendro de vicisitudes,

de agonías, de agravios, de venganzas, de alaridos entremezclados de rabia y de muerte.

¿Cómo, pues, va á sorprenderme que los defensores del orden actual, causantes de los males que tan frecuentemente deploramos, padres sin entrañas, esposos adúlteros, torpes legisladores, histéricos moralistas y toda esa caterva de pretendidos sabios que estúpidamente les imitan, en lugar de favorecer la evolución dentro de un medio rico en venturas y alegrías la coarten, persistiendo en llamarnos locos y exagerados? Hay seres que necesitan nutrirse del vaho que despiden el albañal.

El amor nos llama á vivir, y como en la naturaleza todo se mueve libremente, todo se dilata libremente, todo se engalana libremente, perfume y alegría á la vez, así el corazón humano alcanza ternura y bondad en la libre expansión de sus sentimientos y en la libre satisfacción de sus necesidades.

Si muchas gentes á quienes espanta la práctica del amor libre se desligaran por un momento del medio actual y, examinándose á sí mismas, adaptaran sus facultades, sus variadas pasiones, el conjunto de todo su organismo á las influencias de una sociedad libre, concepto más claro de la verdad absoluta ayudaríales á concebir este sentimiento indefinido y á la vez puro, sublime y elevado, que choca contra todo espíritu de escuela, contra todas las religiones, contra todos los códigos y contra todos los convencionalismos.

Y desde el momento que el concepto del amor no puede instituirse en ley general por la diversidad de modos que escoge para manifestarse, puesto que depende del modo individual de sentirle, todo encajamiento es ridículo, toda ley una irrisión y todo reglamento una barbaridad.

LEOPOLDO BONAFULLA.

¡HIMNO EN PROSA!

¡Gloria al modesto obrero que agosta su vida en flor, explotado por inhumanos capitalistas! ¡Gloria al modesto obrero, átomo fecundísimo de la gran mole del trabajo! ¡Gloria al obrero, base principalísima de soberbios capitales, y malditos sean quienes lo explotan ignominiosamente, contratando su misera existencia por un pedazo de pan!

¡Siempre oprimidos! ¡Siempre explotados! ¡Fíjate, obrero, en capitales constituidos con el sudor de tu frentel ¡Redímete; levanta la cabeza; no te resignes á soportar con paciencia el yugo que te oprime! ¡Reflexiona, lee, instrúyete y rompe el cerco que te ahoga; hunde en el abismo de la miseria á quienes te hayan explotado con mayor ignominia!

¡Escupe el rostro de los mercenarios que sólo gozan con la sangre del esclavo!

¡Todo menos la resignación; la resignación degrada á quien la tiene; no quieras caer en la degradación del esclavo! ¡Se hombre, y como tal hazte respetar!

¡Gloria al obrero! ¡En él saludo al heroísmo; en él saludo al portaestandarte de la emancipación!

¡Luchemos, pues, juntos, para el triunfo del socialismo, base del bienestar humano! ¡Obreros, redimíos!...

¡Viva la revolución social!

JUAN COLOMINAS MASERAS.

Barcelona.

EXTERIORICFAMOS ERRORES QUE ABUNDAN

Son muchos los que por pagar determinada cuota en una sociedad cualquiera de resistencia y hacer ciertas obras al parecer filantrópicas, se dan alto tono de cumplidos socialistas, cuando el resto de sus actos está reñido con el socialismo en su real sentido.

Pero seamos aún más claros: aceptando que un individuo esté asociado y pague cuota y además de esto haga obras de caridad, ni con esto siquiera puede denominarse con razón socialista, porque estos actos y estos sacrificios no tienden á más que á reprimir un tanto la desenfrenada explotación industrial y financiera por un lado y á mitigar, por otro, el hambre de aquellos seres que tienen la desgracia de ocupar el último escalafón de la vida social.

Son socialistas los que trabajan con ardor para echar abajo este edificio viejo, de miserias, de infamias, de desigualdades en que descansa la sociedad actual, este edificio sombrío, inmundo, alrededor del cual giran toda suerte de injusticias, de humillaciones, de concupiscencias, de crímenes. Vedlo aquí á los ojos de la supuesta civilización. Mirad en torno suyo y veréis á negociantes envenenando á la humanidad para enriquecerse pronto; mirad cómo hombres arruinados se suicidan; cómo cuerdos se vuelven locos por cuestión de intereses; cómo millares de mujeres prostituyen su cuerpo para poder vivir; cómo bandas de mendigos nómadas se agitan en busca de un mendrugo de pan; cómo se fusilan honrados ciudadanos por el solo delito de defender la verdad. Oid los estertores de la muerte de seres que rendidos por el hambre caen en el arroyo; escuchad los tristes lamentos de esclavos que sufren en inmundos presidios; los ayes horribles de gentes que se matan porque se les niega el derecho á la vida; de centenares de braceros que perecen en las minas, en los andamios, en las vertiginosas máquinas, siempre por egoísmo de los que dirigen, siempre por avaricia de los nunca bastante enriquecidos; miles de niños raquíticos, endebles, arrojados en peligrosos trabajos diametralmente opuestos á todo sentimiento humano y otros tantos miles que inundan los asilos; los hospitales repletos de ancianos que pagan cara su vida por el solo delito de haber trabajado siempre; ejércitos que se baten encarnizadamente, que se destruyen por conveniencia, tal vez por capricho, de ambos monarcas; en fin, mirad, oid el inmenso bullicio, la gritería horrible, el desgarrador clamoreo que sale del mundo de los descontentos, de los despojados, de los que todo lo hacen y no comen, de los que todo lo producen y no tienen nada y que parece se dirigen en demanda de auxilio á los de arriba, á los poderosos, á los fuertes, á los que engordan á costa de las privaciones y de los sufrimientos de los de abajo. Pero, ¡vano empeño, inútil esfuerzo! Los de arriba, los que viven en la cúspide no oyen, no quieren oír el clamor de las masas hambrientas que abajo le rodean, porque antes que descender prefieren que se mueran los más para gozar los menos, cuando unos y otros, bajo un régimen puramente socialista, podríamos poseer un bienestar seguro para todos.

Por esto repetimos que los socialistas son aquellos que procuran mitigar el mal que aflige á la humanidad, tratando de cortarlo en sus más hondas raíces; esto es, derribar tan gigantesco pedestal y levantar sobre sus ruinas el reinado de la justicia, de la fraternidad y de la igualdad en todas sus consecuencias, trabajo que no podrían jamás realizar los únicamente societarios.

IBÁÑEZ DE VELARDE.

LA PROPIEDAD

La propiedad no es sagrada; la propiedad es la usurpación; es el robo hipócrita y canallesco, con todos los ensañamientos, ruindades y alevosías en su más alto grado.

Dicho así, será muy brusco, pero muy verdadero.

La propiedad engendra los odios, los crímenes; por ella hay esclavos y prostitutas; por ella aborrecen los padres á los hijos y viceversa; por ella se arrastra media humanidad, escuálida y andrajosa, en busca de un mendrugo. Es lo más estúpido, lo más inicuo, lo más antinatural; es la fuente de donde manan todas las miserias y trastornos. Ella hace que la tierra, que sería un paraíso (bastante mejor que el contemplativo y tonto de la Biblia), sea un infierno, convirtiendo al hombre en un ser más desgraciado que un irracional, pues llega á aborrecer su existencia y á maldecirla.

Todos los productos de la tierra son comunes, como el sol y el aire; pues no es de creer que la naturaleza haya sufrido sus revoluciones, sus trastornos y cataclismos hasta ser lo que hoy es, sólo para beneficiar á una clase determinada.

Todo lo que nos es agradable, todo lo que nos emancipa del bruto, todo lo que hace que el hombre sea un intelectual, en vez de una bestia de carga; todos los instrumentos de trabajo, todas las máquinas, desde la primer hacha de sílex, hasta la última máquina perfeccionada, son obra de innumerables generaciones, de sufrimientos sin cuento de infinidad de trabajadores.

Ningún artista, ningún industrial, ningún inventor, han podido realizar sus obras, ni menos mejorarlas, sin el auxilio de herramientas y conocimientos de sus antecesores, ni sin la ayuda de sus contemporáneos. Nadie, pues, tiene derecho á decir «Esto es mío»...

Vivimos de anomalías.

Se persigue al ladrón, se le llena de oprobio, se le manda á presidio. Sin embargo, ¿qué fueron los primeros propietarios, sino unos bandidos? ¿De qué se origina la propiedad, sino de los hechos de aquellos foragidos?

Se hicieron fuertes por la fuerza, se organizaron y escribieron leyes para hacer sagradas sus rapiñas y hasta les dieron un carácter divino (1) para mejor asegurar sus propiedades.

Ya fuertes y subyugadas las masas ignorantes por la fuerza, las leyes y la superstición, convirtieron al que nada poseía, por ser menos malo, ó menos osado, en bestia de carga y en instrumento de trabajo; y así, el señor feudal, el amo, el capitalista, han ido poco á poco apoderándose de todo, escribiendo leyes al mismo tiempo, hasta el punto de prohibir pasar por determinados sitios, y monopolizando hasta el sol y el aire, haciendo vivir al pobre en habitaciones raquíticas y faltas de higiene, como si la tierra se hubiera enfriado sólo para ellos, ó como si hubieran sido mandados de otro planeta por una divinidad, para mandar á los hombres de la tierra.

Y esos poderes así constituidos, que deben su nobleza á las violencias suyas y de sus antepasados, persiguen á los bandidos; ¿por qué? Porque ellos cuentan con una partida más numerosa, más disciplinada, que puede ejercer sus actos vandálicos im-

(1) «Del uso de poner límites nació el dios Término, protector de la propiedad». (*Ciencia y Religión.*)

punemente; pues mientras se ahorca á los pequeños bandidos, se condecora á los bandidos grandes, sin duda porque ejercen la industria al por mayor y con música.

No hay más razón; pues mientras haya bandidos en grande, cualquiera, cuando quiera, puede ser bandido en pequeño. Igual derecho asiste á unos y á otros, y aún habría mucha lógica en favor de los últimos.

La fuerza es una brutalidad, no una razón; ni es lógico que se ahorque al que roba y mata por uno y se condecóre y haya que descubrirse ante el que roba y mata por mil.

Pero dejemos eso. Supongamos que la propiedad individual deba de existir.

¿Quién tiene derecho á ser propietario? Vosotros, sin duda, banqueros, ministros, poderosos. Vosotros, que os habéis expuesto á estrellaros desde el andamio para construir *vuestros* palacios; vosotros, que os habéis introducido en las entrañas de la tierra para sacar las alhajas con que os adornáis; vosotros, que arrostráis las tempestades del Océano, que os tuesta el sol y os hiela la nieve cavando la tierra; vosotros, que habéis construído caminos é inventado los medios de locomoción y pasáis las noches en vela para ser útiles en algo á vuestros semejantes.

Hacéis bien en conservar lo *vuestro*. Los demás, que mueran á la puerta de *vuestros* palacios ateridos de frío, porque no construyen; que mueran de hambre ó se sostengan anémicos, gracias á *vuestros* *filántropos* sentimientos, porque no cultivan; que no viajen, porque no construyen ni inventan; y si protestan por el dolor que les produce el hambre en sus estómagos, dad cargas de caballería, restableced el orden, haced entrar en razón á esos bellacos que quieren participar de lo *vuestro*, que tanto esfuerzo os ha costado el poseerlo.

¡Qué sería la humanidad sin vosotros, sin vuestras *sabias* leyes, tan bien dispuestas para refrenar las malas pasiones, para extirpar los vicios, los malos instintos! Horror da el pensarlo. Se despedazarían los hombres como fieras...

¡Farsantes!

No debíerais comer y os erigís en amos. Sois inútiles para todo lo que no sea comodidades y vicios. Con esto último llegáis al refinamiento, os revolcáis, os cubrís de lodo. ¡Y tenéis la pretensión de regir á los demás hombres!

Compráis un brazalete para *vuestra* querida ó un collar para *vuestro* perro, á cambio de la desesperación y el hambre de centenares de familias, y os apartáis con asco del haraposo, para que no ensucie *vuestros* trajes, y... ¡qué aberración! Esos haraposos, á quien vosotros habéis reducido á la miseria, se arrastran á vuestros pies, por una sonrisa vuestra... Casi estoy para decir que hacéis bien en tratarlos á puntapiés. ¡Por idiotas!...

Sí; porque esos mendigos, esos haraposos, la plebe, el populacho, como vosotros llamáis á los que despojáis, no tienen más que cruzarse de brazos para anonadaros, ¡imbéciles orgullosos!

Vosotros, tan estirados, tan perfumados, tan polichinelas, con *vuestro* traje del último figurín, tan déspotas y altaneros, cuando tenéis todo, como cobardes, cuando no poseéis nada, os suicidaríaís antes que sufrir las penalidades del trabajador.

¡Entonces sí que sabríaís el derecho que tiene á las comodidades y á la vida el que va vestido de remiendos!

FRANCISCO PÉREZ.

Melilla.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12.